

COMUNIDADES, CIUDADES Y CONFLICTO SOCIAL EN LA HISTORIOGRAFÍA DEL OCHOCIENTOS. ENTRE LA REVOLUCIÓN Y LA DECADENCIA¹.

Roberto López Vela.
Universidad de Cantabria.

"Entre las calamidades que han caído sobre la infeliz España, puede pocas igualarse a la de haber contado por rey a Carlos V, no hace sino servir de eco al sentimiento público de los que sometidos a su poder trocaron por laureles su libertad y su fortuna"

Antonio Ferrer del Río (1850)².

Dado el carácter de su imperio, Carlos V tuvo bastante difícil el ser reconocido como un rey propio por parte de alguna de las naciones que se estaban fraguando en la Europa del ochocientos. El gran emperador Carlos V que había sido un hito para Robertson y la historiografía ilustrada en su visión universalista, quedó convertido en un soberano sin historiografía nacional que lo reivindicase en el siglo siguiente. Un curioso y significativo destino en el período en el que se estaban formando las naciones y las distintas historiografías europeas³. El resultado es que las visiones del emperador y su gobierno se realizan desde una óptica ligada a relaciones internacionales, más que desde una perspectiva nacional o de gobierno interno de un imperio que para los historiadores del XIX no era más que un residuo medieval. Para ellos, el imperio de Carlos V es sobre todo un obstáculo en el progreso de las grandes monarquías y poderes que están surgiendo por esos años y del que salió el mapa de las naciones europeas del ochocientos. Esta circunstancia marcará los temas y problemas que abordará la historiografía hasta las décadas finales del siglo. No obstante, la obra de Robertson continuará siendo el inevitable punto de referencia historiográfico para cualquiera que traté la primera mitad del siglo XVI en Europa durante estos años.

Como señala Ferrer del Río en su obra sobre las Comunidades, en las Cortes de Cádiz el gran punto de referencia histórico para los diputados, fueron las Comunidades de Castilla en la que los "españoles" habían derramado su sangre contra la opresión extranjera y en defensa de sus libertades⁴. Para ellos, las Comunidades de Castilla ofrecían un magnífico ejemplo histórico de lucha contra la invasión extranjera, en combinación con el combate por la libertad. Un paralelismo intensamente aprovechado por los autores de la Constitución de 1812. A partir de las Cortes de Cádiz, las Comunidades y los sucesos que rodean la Guerra de la Independencia, se convertirán para los liberales en los grandes hitos de la historia nacional, aquellos que reflejan las mejores virtudes del pueblo español frente a la que ha sido su tendencia al fanatismo y apoyar al absolutismo. De esta forma, las Comunidades, la Guerra de la Independencia dignifican el pasado patrio.

¹ Este trabajo se ha hecho en el marco del proyecto de investigación PB 1998-1097. *Orden y conflicto en las ciudades de la Corona de Castilla siglos XVI y XVII*.

² Ferrer del Río, A. *Decadencia de España. Primera Parte. Historia del levantamiento de las Comunidades 1520-1521*, Madrid, Establecimiento Tipográfico de Mellado, 1850, p. VII.

³ López Vela, R. "Carlos y España en la obra de Modesto Lafuente. La interpretación liberal de la nación española dentro del imperio de los Austrias", en Martínez Millán, J. *Carlos V y la quiebra del humanismo político en Europa (1530-1558)*, Madrid vol III, pp. 154ss

⁴ *Decadencia de España*, op. cit. p. X-XI

Martínez de la Rosa escribió en 1814 un drama, *La viuda de Padilla*⁵, que tuvo gran número de ediciones. Teniendo en cuenta la importancia del drama y la novela histórica en la construcción de la nueva memoria histórica del liberalismo, esta es una obra de una notable importancia. No es casual que se publicara en 1814, al filo de la restauración de la Monarquía de Fernando VII. Si para los diputados de Cádiz las Comunidades fueron un precedente de lucha contra los invasores extranjeros, Martínez de la Rosa cerrará el círculo, estableciendo el paralelismo existente entre la derrota de Villalar- instauración del absolutismo del emperador y el retorno Fernando VII- abolición de la Constitución de 1812. El drama se centra en el círculo de los amigos supervivientes de Padilla que rodean a su viuda en los últimos momentos de resistencia de Toledo, horas antes de caer en manos de las tropas imperiales. El diálogo entre los protagonistas tiene mucho que ver con la propia actitud de los liberales tras el regreso de Fernando VII: martirio en las cárceles, el cadalso del absolutismo o exilio. La viuda de Padilla explica la disyuntiva en el tono arrebatadamente romántico con el que se expresan los personajes del drama:

*“¿Por siete siglos,
decís que vuestros padres batallaron,
por rescatar la patria? ¿Y ahora esclava,
entregada a merced de los tiranos
la dejarán sus vergonzosos nietos?”*⁶

Son diálogos cargados de intensidad patriótica y heroica que para algunos debe concluir convirtiendo a Toledo en una nueva Numancia, frente a quienes pugnan por el realismo, por evitar más destrucción inútil, procurando sobrevivir con el absolutismo. En este debate, se va vertiendo una imagen precisa de lo que había sido el combate de la nación por la libertad y la independencia frente a la tiranía de un rey extranjero. El éxito de este drama inició una saga literaria que ayudó notablemente a convertir a las Comunidades en verdadero hito en la construcción de la memoria histórica de la España liberal.

La historiografía liberal española, tuvo particularmente difícil integrar a Carlos como una parte substancial del pasado común de la nación. Efectivamente, en la historiografía del XIX, Carlos V no era precisamente uno de los reyes emblemáticos de nación, sino un rey extranjero que había torcido los destinos de “España”. Su nombre se asoció a las Comunidades y las consecuencias de la derrota de Villalar o a las campañas internacionales que implicó su coronación imperial⁷. De ambas cuestiones, las Comunidades fueron las que más preocupación generaron en la historiografía española de este período, entendiendo que la implicación de los españoles en las campañas europeas del emperador no fue más que la consecuencia de la derrota de los comenros. Para los autores liberales, a partir de las Co-

⁵ Madrid, Imp. que fue de García, 1814. La edición utilizada está publicada en Valencia, Imprenta de Domingo y Mompie, 1820

⁶ *La viuda de Padilla*, op. cit. p. 23

⁷ Sobre el tratamiento de la figura del emperador en la historiografía del XIX vid. Peiró Martín, I. “La fortuna del emperador: la imagen de Carlos V entre los españoles del siglo XIX”, en Martínez Millán, J./Reyero, C. *El siglo de Carlos V y Felipe II. La construcción de los mitos del siglo XIX*, vol II, Madrid 2000, 153-194; Pasamar Alzuría, G. “La rehabilitación de los primeros Austrias entre los historiadores de la Restauración”, en Ibid. pp. 121-140; Rudolf, K.F. “Entre el mito y la historia: Carlos V y la monarquía habsbúrgica en el siglo XIX”, en Ibid. pp. 327-350 López Vela, R. “Carlos y España en la obra de Modesto Lafuente” op. cit pp. 153-259

munidades la historia de España dio un giro de ciento ochenta grados. A partir de Villalar el emperador impuso una política que nada tenía que ver con la que hasta entonces habían llevado los distintos reinos peninsulares. Fue una política en función de intereses extranjeros, que apenas interesó a los historiadores más allá del estudio de algunos señalados sucesos de armas en los que habían brillado las armas españolas.

Será Ferrer del Río en 1850 quien establezca definitivamente de forma “científica” la importancia de las Comunidades en la historia de la naciente nación española que se estaba fraguando en el reinado de Isabel II. En este sentido, es esencial constatar su influencia sobre Modesto Lafuente y su *Historia General de España*. Con Ferrer del Río, se pasa de contar con variadas crónicas u obras literarias sobre las Comunidades, a tener una obra de indudable valor historiográfico que ofrece una visión pormenorizada del episodio que rompe la espléndida trayectoria de la nación.

Para la construcción nacional de la idea de “España” era prioritario definir un pasado común con el que justificar y afianzar su presente y apuntalar lo que pretendía ser una Monarquía liberal⁸. Esta será la tarea de la historiografía. Ferrer del Río escribió su libro sobre las Comunidades para convertir las en el gozne de la historia patria⁹, para demostrar que España también tenía antecedentes verdaderamente liberales, que en España se había dado un intento de revolución antes que en el resto de las naciones europeas, que su “desgraciada” historia se había decidido en un momento determinado, dentro de una conjunción de circunstancias muy difíciles que era necesario desentrañar y saber. Aprender de las enseñanzas de lo que entonces había sucedido, resultaba una tarea prioritaria para la “revolución” que se estaba librando en su presente, el reinado de Isabel II. A desglosar e interpretar los hechos para aleccionar a sus contemporáneos, consagró su trabajo sobre las Comunidades. El resultado es una obra centrada en el conflicto social y la revolución que supera historiográficamente con mucho a cuanto se había dicho hasta entonces.

El libro de Ferrer del Río sobre las Comunidades será la obra de referencia para historiadores y políticos, al menos hasta la Restauración en que comenzarán a publicarse crónicas y diversas monografías sobre el particular. Su interpretación continuará teniendo influencia hasta la aparición de los tomos de Danvila¹⁰ en el quicio entre el siglo XIX y XX. Este último planteará las cosas de una forma bastante distinta, recogiendo una amplia documentación de archivo y desde un análisis en el que las Comunidades aparecen como un movimiento nada revolucionario, cuya intención es mantener antiguos privilegios frente una Monarquía modernizadora. Esta interpretación tendrá notable vigencia durante la primera mitad del siglo XX y autores como Viñas y Mey o Marañón seguirán esta línea. En 1963 Maravall¹¹, desde una perspectiva bastante distinta, retomará la interpretación de las Comunidades como movimiento revolucionario.

⁸ Artola Gallego, M. *La burguesía revolucionaria (1808-1874)*, Alianza-Alfagura, Madrid 1990

⁹ Para situar la obra de Ferrer del Río dentro de la producción sobre las Comunidades, resulta de gran interés el capítulo “Evolución del pensamiento historiográfico sobre las Comunidades” que Gutiérrez Nieto, J.I. incluye en su libro *Las Comunidades como movimiento antiseñorial (La formación del bando realista en la guerra civil castellana de 1520-1521)*, Barcelona, Editorial Planeta, 1973, pp. 19-122

¹⁰ *Historia crítica y documentada de las Comunidades de Castilla*, 6 vols, Memorial Histórico Español, T XXXV-XL, Madrid 1897-1900

¹¹ *Las Comunidades de Castilla: Una primera revolución moderna*, Madrid, Alianza Editorial, 1981. La primera edición es de 1963. Para un análisis más sistemático de las posiciones de Marañón y otros autores

Las obras ya clásicas de Maravall, J. Pérez¹², Gutiérrez Nieto¹³ o Haliczzer¹⁴, han contribuido a cambiar sustancialmente el conocimiento sobre las Comunidades y, aunque modifican sustancialmente los problemas y los datos con los que trabaja Ferrer del Río, en no pocas ocasiones refuerzan o confirman alguna de sus interpretaciones o intuiciones. En este sentido, resulta especialmente valioso el contraste entre el libro de Ferrer y el de J. Pérez que, entre otras cosas, dados los errores e insuficiencias historiográficos, optó por “escribir una crónica de los acontecimientos” con fuentes más completas que permiten valorar el rigor del trabajo de Ferrer. Pérez, como él mismo señala, se siente más vinculado a la interpretación “liberal” de las Comunidades, “a pesar de sus evidentes anacronismos” y de conceder una “excesiva importancia al aspecto político de la lucha”¹⁵. Esto le llevará a dedicar singular atención a los aspectos que habían preocupado a Ferrer del Río, aunque dentro de un análisis más complejo en el que también presta atención a los factores económicos, sociales etc.

1. La construcción de la historia nacional y las Comunidades.

Ferrer del Río nace en 1814 y es uno de los grandes historiadores del reinado de Isabel II. Fue Taquígrafo del Parlamento en 1836, periodista en la Habana, bibliotecario del Ministerio de Fomento en 1857 y Director General de Instrucción Pública en 1871¹⁶. Historiador de tendencia progresista, ingresará en la Academia de la Historia en 1853 gracias, entre otras obras, a su trabajo sobre las Comunidades que gozará de gran influencia en la época. Poco después, en 1851, publicará *Examen histórico crítico del reinado de D. Pedro de Castilla*¹⁷ y posteriormente la que será seguramente su obra más reconocida, la *Historia del reinado de Carlos III en España*¹⁸. La obra de referencia que seguirá Modesto Lafuente al trazar el panorama del periodo ilustrado en su *Historia General de España*. Desde su publicación hasta la aparición de la obra de Danvila sobre este rey a finales del siglo¹⁹, Ferrer del Río marcará las pautas de la interpretación liberal sobre el siglo XVIII.

El libro sobre las Comunidades es su primer obra histórica de envergadura y, sin duda, una de las que mayor prestigio le aportará, facilitándole su incorporación al escogido elenco de historiadores que formaban la Real Academia de la Historia²⁰. Su orientación progresista quedará clara en la misma elección de sus trabajos históricos. Pedro I de Castilla, uno de los reyes medievales, junto a Alfonso X el Sabio, que gozará de mayor reconocimiento entre los

“conservadores” que contraponen la modernidad del imperio frente a las Comunidades, vid. Gutiérrez Nieto, J.I. *Las Comunidades como movimiento*, op. cit. pp. 94ss

¹² *La revolución de las Comunidades de Castilla (1520-1521)*, Madrid, Siglo XXI, 1998, la primera edición en francés es de 1970

¹³ *Las Comunidades como movimiento antiseñorial*, op. cit.

¹⁴ *Los comuneros de Castilla. La forja de una revolución, 1475-1521*, Valladolid, Universidad de Valladolid, 1987, la primera edición en inglés es de 1981

¹⁵ *La revolución*, op. cit. p. 4

¹⁶ Para una biografía más completa vid. Peiró Martín, I/ Pasamar Alzuría, G. *Diccionario Akal de historiadores españoles contemporáneos*, Madrid 2002, pp. 253-254

¹⁷ Madrid, Academia española, 1851

¹⁸ Madrid, Manute y Compagni, 1856, 4 vols.

¹⁹ Fernández, R. *Carlos III*, Madrid, Arlanza, pp. 12-13

²⁰ Sobre la construcción de la imagen del historiador en estos años vid. Peiró Martín, I “La historiografía académica en la España del siglo XIX, *Memoria y Civilización* 1 (1998), pp. 167ss

liberales²¹. Las Comunidades de Castilla, la gran eclosión histórica que ponía de manifiesto para los historiadores de estos años las posibilidades liberales que atesoraba la nación. Y por último, Carlos III, el rey con mayor reconocimiento de entre los Borbones hispanos, modelo de monarca progresista, de buen rey preocupado por las luces y el bienestar de sus súbditos. De hecho, cuando explica el origen de su preocupación sobre las Comunidades, descubre que surgió cuando se vio forzado a profundizar en el conocimiento de las causas de la post-ración en que encontró la España de Carlos III. Fue entonces cuando descubrió que las razones de este fenómeno están en el período del emperador Carlos V y, especialmente, en la derrota de las Comunidades²². Este carácter progresista y esta visión histórica de largo alcance, convertirán a Ferrer del Río, como ya le había sucedido a Amador de los Ríos²³, en uno de los autores cuya influencia es más evidente en la construcción de la *Historia General de España* de Modesto Lafuente.

Ferrer del Río escribe en los años en los que la historiografía hispana está dando sus primeros pasos, cuando distintos autores liberales están construyendo la argamasa histórica, la memoria colectiva de la naciente nación española²⁴. El final del Antiguo Régimen y los primeros pasos de la Revolución liberal son un cambio drástico en todos los terrenos, que Ferrer explica con gran nitidez en el prólogo a su obra sobre las Comunidades “publicada veinte años atrás esta obra, en que acato la moral, la religión y la monarquía, me hubiera sepultado por toda la vida en un calabozo, y se ponderará la clemencia del gobierno por no haberme hecho purgar el delito de pensar libremente en el último suplicio”²⁵. Efectivamente, en los primeros años del convulso reinado de Isabel II²⁶, se estaban produciendo transformaciones fundamentales, si bien dentro de algunas líneas de continuidad, como eran el mantenimiento de una Monarquía de naturaleza católica, tal y como se encarga de recordar Ferrer en el mismo párrafo. No obstante, la instauración del liberalismo estaba cambiando radicalmente, entre otras cosas, el marco de producción intelectual y las preocupaciones de artistas y pensadores. En este terreno, la reivindicación de los héroes de las Comunidades y su lucha por la libertad, ocupó un lugar nada despreciable²⁷.

En 1850 Ferrer del Río publica su obra sobre las Comunidades. En estos años Amador de los Ríos escribe sobre la importancia de los judíos en la Península²⁸, Florencio Janer sobre los moriscos²⁹, Cánovas sobre la decadencia de España en el siglo XVII³⁰, el inefable

²¹ Cirujano Marín, P./Elorriaga Planes, T./Pérez Garzón, J.S. *Historia y nacionalismo*, op. cit. pp. 107

²² *Decadencia de España*, op. cit. p. XXVIII

²³ López Vela, R. “Judíos, fanatismo y decadencia. Amador de los Ríos y la interpretación de la Historia Nacional en 1848”, *Manuscrits* n° 17 (1999), pp. 69-95

²⁴ Cirujano Marín, P./Elorriaga Planes, T./Pérez Garzón, J.S. *Historia y nacionalismo español 1834-1868*, Madrid, CSIC, 1986

²⁵ *Decadencia de España*, op. cit. p. XXVII

²⁶ Comellas, J.L. *Isabel II. Una reina y un reinado*, Barcelona, Ariel, 1999; Rueda Hernanz, G. *Isabel II*, Madrid, Arlanza Ediciones, 2001

²⁷ Álvarez Junco, J. *Mater Dolorosa. La idea de España en el siglo XIX*, Madrid, Taurus, 2001, pp. 223-224; Reyero, C. “El siglo más grande de todos los siglos. La época de Carlos y Felipe II en la pintura de historia”, en *Catálogo de la Exposición La época de Carlos V Felipe II en la pintura de historia del siglo XIX*, Museo Nacional de Escultura, 7 de septiembre/21 de noviembre 1999, pp. 40ss

²⁸ *Estudios históricos, políticos y literarios sobre los judíos en España*, Madrid 1848

²⁹ *Condición social de los moriscos de España: causa de la su expulsión y consecuencias que está produciendo en el orden económico y político*, Madrid 1857

³⁰ *Historia de la decadencia de España, desde el advenimiento al trono de Felipe III hasta la muerte de Carlos II*, Madrid 1854

Adolfo de Castro sobre los judíos, la persecución religiosa en el siglo XVII o la decadencia nacional³¹. Los últimos años de la década de 1840 y los primeros de la de 1850 son decisivos en el encauzamiento de los problemas más oscuros y peliagudos del pasado en la historia de la nación que se estaba construyendo. Modesto Lafuente con su monumental *Historia General de España*, dará forma a este conjunto de materiales en la que será la historia “canónica” de España durante el ochocientos³², estableciendo la importancia y la importancia para la historia nacional de cada uno los aspectos. Tal y como sucede con la obra de Ferrer del Río, Lafuente sabrá apropiarse de las aportaciones de buena parte de estos autores para construir su *Historia General*, logrando con ello proporcionar la primera y fundamental historia de la trayectoria “nacional” desde los tiempos primitivos hasta su propia contemporaneidad. En realidad, Lafuente absorberá mucho de Ferrer en distintos períodos de su magna *Historia General*. Pocos historiadores habrán tenido tanta influencia en la memoria colectiva y en la construcción de la historiografía como Amador de los Ríos, Ferrer del Río etc, que con sus estudios fueron una fundamental fuente de inspiración para la *Historia General de España* escrita por Lafuente. Es por ello que es imprescindible tener en cuenta y valorar este singular diálogo de Ferrer, Amador de los Ríos etc, con la Lafuente y su *Historia General* que, sin duda, será la obra fundamental en la configuración de la memoria colectiva de la “nación” española, la que se considerará en el ochocientos la “verdadera” Historia de España.

Como se encarga de explicar Ferrer del Río “hay una época feliz en que se encumbra España a su mayor grandeza, y es la de los Reyes Católicos D. Fernando V y D^a Isabel I”. Se juntan en “uno los cetos de Castilla, Aragón, Navarra y Granada”, desaparece el feudalismo, se pone coto a los abusos del clero, se potencia la administración del reino y se mejora su justicia, “en el recinto de las Cortes se oye la poderosa voz del pueblo”, se expulsa a los “moros” y se descubre América. Un período grandioso en el que se alumbra gran parte de lo mejor de España, la verdadera edad de oro nacional. “Hasta aquí la prosperidad de España; en adelante su decadencia: con su libertad parece todo, por más que el bélico lauro encubra durante algún tiempo sus hondas desventuras”³³. Efectivamente, en 1848 se había traducido la fundamental *Historia de los Reyes Católicos D. Fernando y D^a Isabel*, del americano W Prescott³⁴, en la que se historiaba con notable precisión el “grandioso” período, pero como señalaba este autor, en la primera mitad del siglo XVI se fueron torciendo las cosas hasta dar lugar a los funestos años de Felipe II. También Ferrer del Río tiene la firme voluntad de diferenciar esta primera mitad del siglo frente a quienes pretenden identificarla con la segunda mitad del siglo llegando “a la demostración de que el corazón de Felipe II no fue perverso, asentando por fundamento que casi todos le califican de grande, como si entre la grandeza y la bondad no pudiera existir toda la distancia que media entre Nerón y un anacoreta de la Tebaida”.

³¹ *Historia de los judíos en España, desde los tiempos de su establecimiento hasta principios del presente siglo*, Cádiz, Imprenta, librería y litografía de la Revista Médica, 1847; *Historia de los protestantes españoles y de su persecución por Felipe II*, Cádiz, Imprenta, librería y Litografía de la Revista Médica, 1851; *Examen filosófico sobre las principales causas de la Decadencia de España*, Cádiz, Imprenta de D. Francisco Pantoja, 1852

³² Cirujano Marín, P./Elorriaga Planes, T./Pérez Garzón, J.S. *Historia y nacionalismo*, op. cit. pp. 78ss; Pellistrandi, B. “Escribir la historia de la nación: proyectos y herencia de la historiografía de Modesto Lafuente y Rafael Altamira”, *Investigaciones Históricas*, n° 17 (1997), pp. 137-159

³³ *Ibid.* pp I-II

³⁴ Madrid, Imprenta de la Biblioteca del Siglo, 1848

El empeño de Ferrer es “señalar el verdadero origen de la decadencia de España”, enfrentándose a la arraigada idea de “encomiar la ventura de aquellos tiempos en que nunca se ponía el sol en los dominios de sus reyes” encarnados por la persona y el reinado de Felipe II³⁵. Es en este sentido en el que debe ser entendido el significativo título de la obra de Ferrer del Río: *Decadencia de España. Historia del levantamiento de las Comunidades 1520-1521*. Ambos polos, Comunidades y Felipe II, caracterizan lo mejor y peor de la historia patria, como ya lo habían dicho Quintana y otros autores románticos. No obstante, la visión de Ferrer pretende construirse desde la nueva preocupación histórica, no desde “los estudios históricos (que) se hacen poéticamente”. No es de extrañar, que la obra de Ferrer haya ejercido una poderosa influencia entre los autores progresistas a la hora de sentar las bases de la nueva historiografía nacional o la visión sobre las razones de la grandeza y la decadencia de la “nación”. Una historia de la “nación” que, por supuesto, Ferrer siempre identifica con Castilla.

2. Ferrer del Río y la historia progresista del reinado de Isabel II.

En su concepción progresista de la historia se percibe con nitidez la influencia de Guizot³⁶, al igual que le ocurría a Amador de los Ríos³⁷, aunque en su obra sobre las Comunidades no desarrollará ningún apartado en el que de cuenta de sus lecturas o teorías de la historia. Su preocupación al respecto, se encuentra ligada a su necesidad de construir un libro sólido capaz de dar cuenta con precisión del fenómeno concreto que pretende historiar y, al hilo de este esfuerzo, esboza algunos principios. Cuando explica su concepción de la historia, Ferrer no duda en dejar clara su fe en el constante progreso histórico, ya que la historia no retrocede nunca, siempre avanza. “Prescindir de lo antiguo, es absurdo; extasiarse en ello, insensato: de allí se saca el pensador la experiencia y para ser provechosa ha de engendrar la confianza y no el desaliento: de recuerdos se vive en la edad caduca, y el mundo dista aun bastante del grado de perfección a que está llamado por los altos designios del Omnipotente, para que desmaye su enérgica lozanía”³⁸. En pocas palabras el autor sintetiza su concepción sobre el progreso y el providencialismo en la historia, algo fundamental en su forma de comprender la evolución humana. Para él la historia debe servir para extraer experiencia de un devenir humano en el que el hombre tiene plena capacidad de actuación y de cuyo estudio debe sacar las consiguientes enseñanzas para seguir avanzando. Extraer la utilidad de la historia es la tarea del historiador.

Ferrer se encuentra muy lejos de las posiciones en torno al hecho histórico de Ranke³⁹, para él “la historia no es una simple narración pálida y desnuda de los sucesos: nadie se ha

³⁵ García Cárcel, R. “Felipe II y la leyenda negra en el siglo XIX”, en Martínez Millán, J./Reyero, C. *El siglo de Carlos V y Felipe II. La construcción de los mitos del siglo XIX*, vol I, Madrid 2000, pp. 353-372; López Vela, R. “La integración de la leyenda negra en la historiografía: el hispanismo francés y Felipe II a fines del siglo XIX”, en *Ibid.* vol II, pp. 13-67

³⁶ Gooch, G. *Historia e historiadores en el siglo XIX*, México, F.C.E., 1977, pp.193ss; Lefebvre, G. *El nacimiento de la historiografía*, Madrid, Ediciones Martínez Roca, 1985, pp. 179ss

³⁷ López Vela, R. “Judios, fanatismo y decadencia. Amador de los Ríos y la interpretación de la Historia nacional”, *Manuscrits*, 17 (1999), p. 74

³⁸ *Decadencia de España*, op. cit. pp. XXVII-XXVIII.

³⁹ Iggers, G.G. *The German Conception of History*, Hanover, New Hampshire, Wesleyan University Press 1988; Iggers, G. G./Powell, J.M. (eds) *Leopold Ranke and the Shaping of the Historical Discipline*, New York, Syracuse, 1990; Tassinore, F. *Lo storicismo*, Roma-Bari, Editori Laterza, 1996; Vogt, J. *El concepto de historia de Ranke a Toynbee*, Madrid, Guadarrama, 1974

privado de explicarlos según los ha comprendido, estableciendo opiniones más o menos desacertadas". Es el contraste de estas opiniones lo que engendra el debate "sin desviarse jamás de los hechos, que son el lenguaje con que Dios habla a los humanos"⁴⁰. No obstante, en distintas ocasiones aclara su posición contraria al "fatalismo en la historia"⁴¹. La cuestión es conocer los hechos históricos para contarlos de forma que la opinión del autor pueda proporcionar las enseñanzas adecuadas, porque el hombre toma sus decisiones en cada momento y Dios es quien permite que sus iniciativas lleguen hasta sus últimas consecuencias en forma de desgracias o buenos sucesos. Es una concepción de la historia en la que Dios ocupa un lugar importante y a la vez limitado como principio explicativo, mientras la idea de nación, pueblo etc, actúan como los impulsos que mueven las pasiones humanas. Es esta combinación entre providencialismo, principios liberales, su idea de la nación española, del pueblo etc, lo que le lleva a construir una historia filosófica muy en consonancia con lo que se hacía en estos años⁴², aunque en su caso poniendo especial énfasis en la conexión entre literatura e historia.

El autor de las Comunidades se siente heredero de la tradición que se inicia con Herodoto y entiende que la calidad del historiador se mide por su capacidad para insuflar "espíritu y vida" a la historia. Para él, más importante que la descripción minuciosa de los acontecimientos, es la presentación narrativa de los hechos de forma que logre trasladar a sus lectores a los sucesos que ocurrieron. Ferrer explica a través de un ejemplo bien ilustrativo, aquello a lo que se refiere: cuando los hombres de Arabia cruzan el desierto con sus caravanas, el mejor momento es cuando por la noche, en torno al fuego, el chaïque narra un cuento, porque esta es la forma en que se transmitió "la primitiva historia". La virtud del narrador, su capacidad para atraer la atención, para comunicar sentimientos con sus cambios de voz, con nimios detalles etc, es lo consigue gravar en los "corazones" de los asistentes lo que se dice. "¡Meditando sobre tales escenas se saca más enseñanza que del mejor de los preceptistas para dar interés a la historia"⁴³. Todo ello, sin perder la necesaria exactitud y claridad en la exposición. Este conjunto de elementos son los que para Ferrer hacen a un buen historiador y los que consecuentemente intentará concretar en su análisis de las Comunidades.

Evidentemente, calidad de la narración dramática y la precisión de la información que proporciona, son virtudes a las que constantemente alude. Se trata de una concepción historiográfica que mantiene importantes puntos de engarce con la literatura. En la "Advertencia" a su obra, da cuenta de las eruditos que le han ayudado facilitándole el acceso a la documentación, citando a Rosel, Gayangos, Múñoz, Inglés, Gallardo, Loaisa etc, pero también afirma el haber leído su obra, capítulo a capítulo, en una tertulia literaria con los "escritores Pedroso, Cervino y Fernández Guerra". No obstante, lo que más agradecimiento le merece es la lectura que del manuscrito ha hecho Manuel José Quintana, "el patriarca de la literatura española". Esta combinación de historiadores y eruditos de reconocido prestigio, junto a literatos, expresa a la perfección la naturaleza de la obra de Ferrer, situada en la historia filosófica de fuertes vínculos con la literatura. Sus frecuentes alusiones a la *Viuda de Padilla*, el drama de Martínez de la Rosa, evidencian esta realidad. No obstante, la obra de Ferrer tiene una indudable naturaleza historiográfica por sus preocupaciones y por las fuentes que

⁴⁰ *Decadencia de España*, op. cit. p. XIV

⁴¹ *Ibid.* p. XXIII

⁴² Pasamar Alzuría, G. "La invención del método histórico y la historia metódica en el siglo XIX", *Historia Contemporánea*, n° 11, (1994), pp. 183-213

⁴³ *Decadencia de España*, op. cit. p. XXIII

utiliza, que la aleja definitivamente de lo que es un género literario de ficción, aunque continúe utilizando recursos literarios. Junto al indudable intento de definir socialmente el conflicto, en muchas ocasiones los protagonistas, individuales o colectivos, se comportan más como personajes literarios rebosantes de emociones cambiantes teñidas de romanticismo, que como sujetos que dan respuesta a las situaciones complejas que viven. Esto es algo común a la historiografía de esos años. Mientras los reyes, los nobles o los eclesiásticos tienen biografía individual y rasgos propios, la plebe será el sujeto colectivo por definición, encarnando lo romántico en su sentido más emocional, irracional, imprevisible y constantemente cambiante, siempre dentro de la una radicalidad en el límite del desbordamiento. En esto Ferrer continúa la senda de Martínez de la Rosa que ya había convertido al pueblo en un telón de fondo sin rostro de naturaleza romántica:

*"Esa plebe que juzgas tan resuelta
a perecer en el tremendo trance,
la verás desmayar; y en la refriega
abandonar sus jefes... ahora mismo
arrepentidos de sus hijos, entre el llanto
de madres y de esposas, con la horrenda
imagen de la muerte ante sus ojos...
temen su ruina y el perdón anhelan"*⁴⁴

En la obra de Ferrer, la plebe tiene los indudables rasgos con los que suele retratar el comportamiento femenino. No obstante, también en lo femenino hay excepciones señaladas, como es la viuda de Padilla, que manteniendo su naturaleza, también actúa con una constancia y una racionalidad "viril", que Ferrer destaca por su excepcionalidad dentro de su género⁴⁵.

3. De la crónica a la historiografía filosófica.

Siguiendo el índice del libro de Ferrer, se aprecia el esfuerzo por dar una visión sistemática de los sucesos a lo largo del conflicto de las Comunidades. Es un esfuerzo de reconstrucción histórica, de fuentes y de interpretación, que no está refiado con su gran preocupación literaria. Hay capítulos de gran altura historiográfica para lo que se hacía en aquellos años, dedicados dar cuenta a lo que ocurre en las ciudades, a seguir los pasos de los protagonistas, las reacciones populares. Pero también hay otros rebosantes de tensión dramática y en los que el lector tiene la sensación de encontrarse cerca de una novela histórica, como son los dedicados a la batalla de Villalar o la viuda de Padilla. La calidad y el contraste de fuentes que lleva a cabo en unos capítulos y en otros es también notablemente distinto. Mientras, en los que dedica a analizar la evolución del movimiento en las ciudades, utiliza un buen número de crónicas, en los que dedica a los acontecimientos más emotivos, el número y calidad de las crónicas citadas disminuye considerablemente. En conjunto, con el panorama que traza sobre las Comunidades, da una respuesta "nacional" bastante solvente dentro las preocupaciones y la historiografía que se estaba desarrollando entre los historiadores españoles por estas fechas.

⁴⁴ *La viuda de Padilla*, op. cit pp. 42-43

⁴⁵ *Ibid.* pp. 263. Sobre este particular, Ferrer del Río continúa la senda que trazara Martínez de la Rosa en su obra *La Viuda de Padilla*, op. cit.

Es significativo que a lo largo de toda la obra, Ferrer apenas alude al archivo o a la necesidad de conocer mejor cuanto aconteció en las Comunidades. Lo dice claramente, "existe, pues, una información completa de lo que da la materia a mi historia"⁴⁶. Efectivamente, de los análisis que realiza, no se desprende la necesidad de investigar determinados aspectos particulares, parece que ya se sabe lo suficiente y que, por tanto, se trata de presentarlo de forma clara, escrita adecuadamente y con arreglo a los nuevas preocupaciones historiográficas y valores nacionales. Para él tiene importancia el problema de la verificación de la verdad histórica y encuentra la solución al decir "su autenticidad es incontrovertible: cuando varios escritores contemporáneos de los acontecimientos que motivan sus historias, hacen correr sus plumas sin saber el uno del otro, y concuerdan perfectamente en sus relaciones, arrojan suficiente luz para que el juez más severo pronuncie sin escrúpulo su fallo"⁴⁷. Por ello, su interés es recoger las más de las crónicas posibles que se escribieron por testigos de las Comunidades o por personas que tuvieron conocimiento cercano de lo que cuentan, construyendo la narración con el común denominador de ellas y, en su defecto, con el contraste. Para él, que el autor muestre su apoyo al bando comunero y la defensa de la "libertad" nacional, constituye un sinónimo de veracidad y compromiso que hay que tener en cuenta.

La preocupación de Ferrer por las fuentes es más que notable y su narración en todo momento va dando cuenta de la crónica de la que saca la información. Previamente, hace un análisis de las crónicas que utiliza, destacando los rasgos del autor y su obra, en un apartado que resulta poco frecuente en los trabajos historiográficos de estos años. Desde luego, su preocupación al respecto es muy superior, por ejemplo, a la de Amador de los Ríos⁴⁸. De este modo, va pasando relación autor tras autor, destacando sus particularidades y hay que reconocer que no son pocos los autores ni las crónicas⁴⁹. Comienza por la obra inédita de Pedro de Mejía, de la que dice destaca por "lo castizo del lenguaje, y su narración tiene algo de la majestad de Tito Livio", siendo notablemente sistemática, aunque no tiene la categoría de "imparcial"⁵⁰. De la de Gonzalo de Ayora dice que es indigesta y de estilo monótono, pero el hecho de que el autor abrazase el partido de las Comunidades "aumenta muchos quilates el valor de su obra". Da cuenta de la obra de Alcocer y la peculiar utilización que hizo Ternaux de su obra. Alcocer, autor toledano, será uno de los que más utilizará para dar cuenta de los sucesos que se producen en la ciudad de Toledo. También valora la obra de Fray Antonio de Guevara "de excelente memoria y de escasísima conciencia"⁵¹, o de la historia de Fray Prudencio de Sandoval, tan llena de información como de desaliño o elegancia, según los casos. Autores como Argensola, Cháscas, Fray Alonso del Castillo, Fray Antonio Daza, González Dávila, etc, son utilizados por los datos que proporcionan en sus libros sobre personajes o sucesos concretos de las Comunidades. Y, por supuesto, utiliza profusamente el libro de Juan de Maldonado que acababa de ser traducido del latín por Quevedo, bibliotecario del Escorial.

⁴⁶ *Decadencia de España* op. cit. p. XVIII

⁴⁷ *Ibid.* p. XII

⁴⁸ López Vela, R. "Judíos, fanatismo y decadencia, op. cit. pp. 69-95

⁴⁹ Se pudo contrastar el valor de las crónicas que cita Ferrer del Río con las que utiliza la historiografía contemporánea y su distinto sesgo político, vid. Pérez, J. *La revolución*, op. cit. pp. 687ss; Gutiérrez Nieto, J.I. *Las Comunidades como movimiento*, op. cit. pp. 36s

⁵⁰ *Decadencia de España*, op. cit. . p. XIII

⁵¹ *Ibid.* p. XVI

La crónica que más utilizará será la de Fray Prudencio de Sandoval y, junto a ella, recurre frecuentemente a la de Alcocer, Mejía, Maldonado, Guevara o Gines de Sepúlveda. Fiel a su principio de averiguar la verdad de lo sucedido constatando hasta que punto un mismo suceso es descrito con semejantes rasgos por distintos autores, resulta frecuente encontrar en las notas a pie de página un pequeño resumen de lo que dice cada autor al respecto, contrastando sus puntos de coincidencia, sus divergencias, lo que uno añade respecto al otro, etc. La utilización que hace de las notas contribuye a dar rigor y precisión a la obra, aportando en ellas noticias variadas y siempre interesantes para sostener su análisis de los acontecimientos. Para Ferrer del Río las notas tienen una gran importancia en la construcción del texto y con ellas pretende desarrollar un aparato crítico que, además de ser la apoyatura del texto, lo enriquezca y matize. Quizá semejante utilización de las notas y las fuentes, convierta a esta obra en precursora de lo que se hará en fechas algo posteriores, cuando se comience a utilizar profusamente las fuentes de archivo.

Uno de los elementos que será fundamental en la construcción de su análisis de las Comunidades es el especial cuidado con el que intentará dar cuenta de lo que sucede en cada una de las ciudades de Castilla, prestando la mayor atención a Burgos, Toledo y Valladolid. Estas tres ciudades, siempre analizadas individualizadamente, serán los pivotes sobre los que hará girar la trayectoria social de las Comunidades. Junto a ellas, también concederá un destacado peso a otras, como Segovia o Zamora, pero sin olvidar a Guadalajara, Cuenca, Madrid, Palencia, Ávila, Murcia, Córdoba etc. Resulta muy destacable el esfuerzo que Ferrer del Río dedica a seguir las historias publicadas en los siglos XVI y XVII sobre cada una de las ciudades importantes de Castilla. De cada una aporta datos y con todas en su conjunto va siguiendo la extensión y radicalidad del movimiento, los obstáculos que impiden su desarrollo, las maniobras de los nobles en cada lugar etc. Al tiempo, procura integrar los datos que le proporciona cada obra para trazar un cuadro más complejo del movimiento comunero en su conjunto sin dejar de remarcar las dinámicas particulares.

En la obra de Ferrer, los nobles, los grandes linajes de la ciudad y la plebe tendrá un comportamiento en cada ciudad de forma que a veces las Comunidades parecen la suma de estas particularidades más que un movimiento general. Es más, a medida que avance el año de 1520 y aparezcan las contradicciones y problemas entre los comuneros, con más énfasis Ferrer del Río dará cuenta de la evolución de los acontecimientos en Burgos, contrastándolo con lo que ocurre en Valladolid o en otras ciudades. Por supuesto, entre las historias urbanas más citadas, se encuentra la de Colmenares sobre Segovia, la de Gil González de Ávila o la de Bernardo Dorado sobre Salamanca, la de Cascales sobre Murcia, la de Sangrador sobre Valladolid, la de Fray Luis de Ariz sobre Ávila, las de Gonzalo de Oviedo, Jerónimo Román de la Higuera, Pisa o Alcocer sobre Toledo, la de Mártir Rico sobre Cuenca, Pecha sobre Guadalajara etc.

Las historias urbanas, como la de Colmenares, será profusamente utilizadas también para dar cuenta de la evolución general de las Comunidades, actuación del emperador o sus agentes, como las crónicas más generales servirán para seguir con detalle lo que ocurre en ciudades concretas como Toledo, como Toledo o Valladolid. Por ello, con lo que extrae de unas y otras, logra dar una visión bastante plástica del comportamiento del emperador, Adriano de Utrech, el condestable, el almirante, de algunos destacados nobles y, por supuesto, de lo que ocurre en las ciudades. En general, da cuenta de todo lo importante y sus protagonistas que se mueven en estos acontecimientos, no así de la actuación de las instituciones y de lo poco

o mucho que hagan, ya sea la Junta, los concejos urbanos o el propio Consejo Real. Evidentemente, como era habitual en la historiografía de la época, los protagonistas para Ferrer del Río son esencialmente individuales o bien la plebe cambiante.

En bastantes ocasiones, dado su mismo planteamiento de recopilador y ensamblador crítico de crónicas, su análisis presenta semejantes insuficiencias o defectos de los que parte. Incapaz de plantearse el recurrir a fuentes archivísticas para profundizar o concretar en detalles importantes, está forzado a hacer, por ejemplo, análisis sociológicos que en bastantes ocasiones concluyen como pasajes emotivos, destinados a crear un impacto en el lector capaz de gravar indeleblemente la enseñanza correspondiente sobre la, nobleza, la plebe etc. Es la interpretación que con arreglo a su concepción debe hacer el autor y que le lleva en algunos momentos a largas disertaciones sobre lo que fue y lo que debiera haber sido. Es su forma filosófica de historiar.

4. *Las Comunidades y el Imperio de Carlos V en la historia de Robertson.*

En general, los historiadores extranjeros prestaron poca atención al reinado de los Reyes Católicos, a pesar de contar con la importante obra de Prescott. Para ellos, el rey fundamental fue Felipe II, habitualmente rodeado de las cualidades más negras y significativas para entender el carácter del pueblo español. No es sorprendente, por tanto, que ni las Comunidades ni sus prolegómenos gocen de gran interés entre ellos. Seguramente, a mediados del ochocientos sigue siendo Robertson el autor extranjero que mejor había analizado las Comunidades. No obstante, tiene razón Lafuente al señalar que “Robertson está lejos de poder ser considerado como autoridad relativamente a los acontecimientos que en aquella época pasaron dentro de la Península (se refiere a las Comunidades), en cuya relación es por otra parte muy sucinto, así como se extiende difusamente en los sucesos de fuera. Este historiador trató el reinado de Carlos V considerándole más como emperador que como rey de España. Desconocía además varias de las principales fuentes históricas de aquel tiempo”⁵². Es cierto que el autor inglés no llevó a cabo un análisis pormenorizado de las Comunidades de Castilla. Pedro Mártir y Sandoval serán sus principales fuentes de información. Cuando habla de las Comunidades, Robertson advierte que lo hace más delante de lo que correspondería cronológicamente porque “tenía poco enlace con los otros acontecimientos que sucedían en Europa”⁵³. Efectivamente, las Comunidades, junto a las Germanías, serán los únicos acontecimientos hispanos a los que el autor inglés dedica atención específica, marcando unas pautas, sacadas sobre todo de Sandoval, que serán bastante comunes a los historiadores posteriores.

En 1769, en su fundamental *Historia del reinado de Carlos V*, Robertson ya había dicho que “el gobierno feudal de España favorecía entonces la libertad mucho más que ningún otro estado de Europa” y esto se manifestaba claramente en las ciudades que tenían una importancia central y habían logrado suavizar “el rigor de las leyes feudales”⁵⁴. Pocos son los distintivos singulares que separan a los españoles del resto de Europa para Robertson, es

⁵² Lafuente, M. *Historia General*, op. cit. vol X, p. 173, nota 1

⁵³ La obra de Robertson tuvo varias traducciones al castellano, la más completa es la de Felix Ramón Alvarado, *Historia del reinado del emperador Carlos V, precedida de una descripción de los progresos de la sociedad en Europa desde la ruina del Imperio Romano hasta principios del siglo XVI*, Madrid, Imprenta de Julián Arranz, 1846, vol. II, p. 139

⁵⁴ *Ibid.* p. 144

más las ciudades castellanas parecen ser más avanzadas en lo política que las de otras muchas partes del Continente de entonces. Este autor entiende que el constante forcejeo entre los españoles y los consejeros flamencos, a los que está muy ligado el nuevo rey, será el detonante del conflicto de las Comunidades.

Para el autor inglés carece de justificación la negativa visión que dieron de la rebelión, los cronistas contemporáneos y que sólo es comprensible por su deseo de agradar al emperador y su permanente descalificación de los "malcontentos". Para él, los errores del rey, la escandalosa rapacidad de los flamencos, junto a la mala dirección de los asuntos por parte del regente, el cardenal Adriano, como el incendio de Medina de Campo por las tropas reales, propiciaron un levantamiento general en las ciudades castellanas en las que el "pueblo" se abandonó "sin freno a su pasión". Los habitantes de cada ciudad formaban una corporación con importantes fueros y privilegios, tenían una notable experiencia conseguida en el gobierno urbano y como todas las ciudades, hasta las que tienen que vivir bajo los gobiernos más despóticos, tenían ideales democráticos y republicanos. Gracias a ello los españoles habían adquirido "ideas de libertad y de independencia, principios atrevidos de gobierno y extensión de miras políticas, a las cuales los ingleses no han llegado sino más de un siglo después"⁵⁵. Evidentemente, Robertson está comparando a las Comunidades con la Revolución Inglesa de 1640. Por tanto, no es extraño que de a las Cortes una gran importancia, junto a los procuradores que "estaban acostumbrados a resistir con igual firmeza a los intentos del rey que a la tiranía de los nobles"⁵⁶, aspirando a convertirse en el orden "más poderoso" del reino. Sin duda, para este autor las ciudades y las Cortes de Castilla, habían forjado un sistema político que se encontraba entre los más avanzados de la Europa de principios del siglo XVI. Robertson se encuentra muy lejos de la idea de decadencia desde la que Ferrer del Río o Lafuente, entre otros, entendían la historia nacional. En tiempos de Robertson todavía no se ha reverdecido la leyenda negra que anegará lo español en la segunda mitad del siglo XIX⁵⁷.

En el análisis de Robertson, la "Liga" de las ciudades aparecen al comienzo del movimiento llena de iniciativa al comprobar la desaparición de la autoridad real y su incapacidad para hacerse con dinero y tropas. De una forma clara y explícita afirma que "estos movimientos de los pueblos no eran simple efecto de un furor popular y sedicioso: su objeto era la alcanzar la reforma de muchos abusos y cimentar la libertad pública sobre una base sólida"⁵⁸. Para ello envió una representación al rey en la que contenía todo un programa, un documento esencial para conocer los objetivos de las Comunidades, según este autor. Después de criticar duramente la corrupción del gobierno y resaltar la paciencia con la que el pueblo ha sufrido los males, pedía a Carlos que regresase a España, fijando en ella su residencia, que si se veía obligado a salir de los reinos hispanos, no nombrase regente extranjero, que a su vuelta no trajera consejeros flamencos, que se aboliesen todos los oficios creados desde la muerte de la reina Isabel, etc. Todo un programa que debía aplicar un gobierno asentado en un sistema feudal, que por lo demás resultaba muy semejante a otros reinos europeos.

⁵⁵ Ibid. p. 151

⁵⁶ Ibid. p. 144

⁵⁷ Sobre esta cuestión vid. mi trabajo "La integración de la leyenda negra en la historiografía", op. cit. pp. 13-67; García Cárcel, R. *La leyenda negra. Historia y opinión*, Madrid, Alianza, 1992; Pasamar Alzuria, G. "La configuración de la imagen de la 'Decadencia española' en los siglos XIX y XX. (De la historiografía romántica a la historiografía profesional)", *Manuscrits*, n° 11 (1993) pp. 183-214

⁵⁸ *Historia del reinado*, op. cit, p. 144

"Los estatutos que los castellanos se esforzaban a establecer en esta coyuntura, se diferenciaban muy poco de los que las demás naciones procuran introducir en los debates que tuvieron con sus reyes por su libertad"⁵⁹.

La Junta de Ávila y su líder Padilla, actuaron para Robertson, de forma atrevida, depo- niendo al cardenal Adriano, aunque le dejaran seguir residiendo en Valladolid, y haciéndose con la reina Juana. Los comuneros lograron controlar los resortes del poder y el rey, por fin, comprendió el alcance de lo que estaba sucediendo en el reino "más precioso de todos cuantos poseía, aquel en quien residían la fuerza y el principio de su poder, dispuesto a descono- cer su autoridad"⁶⁰. Para Robertson es en este momento cuando el ya Carlos V comprende la importancia esencial de Castilla dentro de su Imperio, comenzando a diseñar una estrategia para conseguir de nuevo su sumisión. Su esfuerzo se dirigió a atraerse a las ciudades con "dulzura y concesiones", al tiempo que negociaba con la nobleza para conseguir la fuerza de la que carecía. Su estrategia no tuvo éxito respecto a lo primero, ya que las concesiones lle- garon a destiempo, cuando era "demasiado tarde para producir ningún efecto". En lo segun- do tuvo más fortuna cuando "los comuneros comenzaron a atentar contra los privilegios de los nobles, estos se indignaron y vieron claramente que las disposiciones de la liga no se encaminaban menos a aniquilar el poder aristocrático, que a cercenar las preeminencias de la corona"⁶¹. Los nobles odiaban a los flamencos, estaban resentidos por el nombramiento de Adriano como regente, pero también temían las consecuencias de un movimiento social. En esta encrucijada, el emperador nombró a dos regentes nobles, el Almirante y el Condes- table, para que actuaran junto al cardenal Adriano. Una medida con la que logró el que el grueso de los aristócratas abandonasen la pasividad frente a los comuneros y se volcase en defensa del rey, que también suponía defender sus privilegios, poniendo a sus ejércitos en pie de guerra contra los comuneros.

Al hablar de la nobleza Robertson matiza bastante, dejando clara la ambigüedad de su posición "aprobaban muchos artículos de su representación (de los comuneros); pensaban que las circunstancias eran muy favorables, no sólo para obtener la reforma de los antiguos abusos, mas también para formar nuevos estatutos que hiciesen la constitución del Estado más perfecta y duradera"⁶². Todo esto les aproximaba a los comuneros, pero temían mucho más los intentos del pueblo de recortarles sus privilegios. También en las ciudades había importantes contradicciones derivadas de la "baja envidia y desconfianza mutua que las ri- validades de comercio y ambición engendran demasiado a menudo". En este contexto los agentes del emperador supieron maniobrar, mientras los líderes populares fueron incapaces de conseguir la confianza de los nobles. Progresivamente, los populares clamaron menos "contra las exacciones de los ministros extranjeros que contra las riquezas y poderío inmen- so de los nobles, y parecía formar la esperanza de ajustar la paz con Carlos, ofreciendo los despojos de este orden". Padilla consiguió algunos éxito, pero no supo aprovecharlos por "imprudencia" o "incertidumbre", todo lo contrario de los jefes de la nobleza que utilizaron de las debilidades de los comuneros para derrotarles en Villalar.

En la interpretación de Robertson la derrota de Villalar es el final del movimiento. La suavidad con la que los triunfadores trataron a Valladolid, animó al resto de las ciudades a

⁵⁹ Ibid. p. 151

⁶⁰ Ibid. p. 147

⁶¹ Ibid. p. 151

⁶² Ibid. p. 156

rendirse, resistiendo Toledo en solitario con la viuda de Padilla al frente. Tan rápido final no deja de llamar la atención del historiado inglés que la achaca a la incapacidad del movimiento y a sus divisiones internas. Como toda empresa popular que no triunfa, “no sirvió más que de extender y afirmar más y más la autoridad real que se proponía limitar y cercenar. Las cortes prosiguieron en ser parte de la constitución de Castilla y se convocaron todas las veces que el Rey necesito dinero; mas en vez de seguir la antigua y prudente costumbre de corregir los agravios del pueblo antes de otorgar ninguna recaudación de dinero, tomaron el partido de hacer la corte al Rey, comenzando por conceder el subsidio”. Una vez concedido el subsidio el monarca nunca permitió ninguna reforma que cuestionase su autoridad. “Los privilegios que las ciudades gozaban antes, se fueron restringiendo poco a poco o aboliéndose del todo” y desde este momento el comercio comenzó a decaer perdiendo las ciudades gran parte de su población y de su influjo político⁶³. La diversidad de leyes y fueros de los reinos españoles del emperador hizo más difícil el que se pudiesen conjuntar los intentos de controlar los abusos del poder. Esta es la razón por la que las Germanías valencianas siguieron un camino distinto y fueron igualmente derrotadas. El regreso del emperador a Castilla levantó la inquietud entre sus súbditos, pero Carlos se apresuró a llevar a cabo “un acto de clemencia, que le fue inspirado por un calculo de prudencia como por un efecto de generosidad”⁶⁴. Según este autor, tras una sublevación tan general, sólo hubo veinte ajusticiados y en contra del parecer del Consejo Real publicó una amnistía de la que sólo quedaron exceptuados ochenta personas. Semejante magnanimidad, junto a el esfuerzo de adaptarse a sus costumbres, aprender el castellano “le ganó bien pronto sobre ellos un ascendiente que jamás habían tenido sus soberanos españoles, y los empeño a ayudarle en todas sus empresas con un celo y valor que contribuyeron particularmente a sus triunfos y grandeza”⁶⁵.

El análisis que realizó Robertson marcó la pauta de cuantas interpretaciones realizó la historiografía del resto del setecientos y gran parte del siglo siguiente⁶⁶. Ferrer del Río desarrollará bastante más estas líneas y abrirá otras nuevas, gracias a la variedad de fuentes que manejará y a sus distintas preocupaciones historiográficas. La visión resultante, sin ser tan distinta, sí será mucho más pormenorizada y compleja. No obstante, la mayor diferencia entre ambos autores quizá esté en la distinta interpretación que harán de las consecuencias de la derrota de Villalar a corto y medio plazo. Sin duda, para Ferrer las Comunidades tendrán una importancia bastante más decisiva para la historia de España. No obstante, el impacto de este análisis apenas rebasará los Pirineos y, por tanto, seguirá siendo Robertson quien marcará las pautas en la historiografía fuera de España.

5. *De Carlos I de España al emperador Carlos V.*

La obra de los Reyes Católicos, ensalzada hasta lo más alto por Ferrer del Río, Modesto Lafuente y, en general, por todos los historiadores liberales españoles, presenta numerosos puntos débiles al morir la reina Isabel en 1504. Para Ferrer, es cierto que la “aristocracia había recibido un golpe mortal bajo el reinado de Fernando e Isabel”, pero quedaron “los

⁶³ Ibid. p. 163-164

⁶⁴ Ibid. p. 167

⁶⁵ Ibid. p. 168

⁶⁶ Sobre las preocupaciones de la historiografía del ochocientos, resulta el trabajo de Pellistrandi, B.

“L'Espagne comme puissance catholique. La politique de Charles Quint et de Philippe II selon les historiens français du XIX siècle », en Martínez Millán, J./Reyero, C. *El siglo de Carlos V y Felipe II. La construcción de los mitos del siglo XIX*, vol II, Madrid 2000, pp. 1195-215.

próceres con vigor bastante para destruir los fueros populares en el suelo castellano”⁶⁷. En su opinión esta limitación es la más negativa en el balance de conjunto del reinado de los Reyes Católicos. Ni la fuerte personalidad de Fernando el Católico, ni la del cardenal Cisneros, lograrán encauzar las cosas a pesar de sus esfuerzos. Los errores de Fernando, las tendencias particularistas de la nobleza que por todos los medios pretende deshacerse del poderoso freno que la había impuesto la Monarquía, la escasa clarividencia de las ciudades, etc, van trazando un panorama en el que progresivamente tiene más importancia los consejeros flamencos que se mueven en el entorno de Carlos. Bruselas se convertirá en el punto de destino de todos los quejosos y conspiradores que pugnan por socavar el poder de Fernando o Cisneros. En torno a Carlos se va a ir creando una corte de castellanos malcontentos y consejeros flamencos caracterizados por su afán de rapiña y su desprecio a las leyes los reinos peninsulares. Ya en el breve reinado de Felipe el Hermoso, los castellanos habían podido apreciar con claridad las intenciones de estos flamencos, después tan sólo habían ofrecido ocasión de corroborar esta apreciación.

Con el análisis de la regencia de Cisneros, Ferrer trae a colación uno de los grandes tópicos de la historia liberal: la tendencia de los españoles, especialmente de los nobles y ricos, a olvidarse de los intereses nacionales, abandonando a los grandes personajes, como es Cisneros, que pugna por mantener unida y firme a la nación en torno a sus objetivos⁶⁸. Habitualmente, este es el papel de los reyes, pero en este momento en el que los monarcas están muertos o son incapaces, este papel lo asume una persona directamente ligada a los reyes, como es el caso de Cisneros. La conspiración contra Cisneros, es decir contra los objetivos nacionales, para apoyar a la camarilla flamenca, lo extranjero siempre visto como enemigo de la patria, poco a poco va abriendo importantes grietas que amenazan la gran Monarquía nacional creada por la unión de las Coronas de Castilla y Aragón con los Reyes Católicos.

La situación en que vivía Castilla en los meses finales de la regencia de Cisneros, era el resultado de la alianza de los nobles y de los flamencos. Es verdad que los primeros odiaban a los flamencos, pero según Ferrer “alternaban con ellos para dividirse el predominio hasta que llegase la ocasión de ser absolutos en el mando”. La alianza de ambos modificaba en profundidad la trayectoria de la nación, ya que “victoria de los flamencos significaba la ruina de la independencia española; el triunfo de los próceres traía consigo el desenfreno de la anarquía feudal, grandemente funesta a las franquicias municipales, uno de los rasgos distintivos de la civilización castellana”. Los nobles habían conspirado y traicionado a los intereses del reino para lograr hacerse agradables a los flamencos, haciendo “gala de menospreciar los sanos consejos y prudentes avisos de Jiménez de Cisneros”⁶⁹. Pero no sólo los nobles, también las ciudades en esta coyuntura manifestaron excesiva tendencia a unirse a quienes querían acabar con sus libertades. En este convulsivo marco, el desembarco de Carlos en septiembre de 1517, junto a la muerte de Cisneros poco después, él único que según Ferrer podía contener a los flamencos⁷⁰, se crearon las condiciones que llevarían a la revolución.

⁶⁷ *Decadencia de España*, op. cit. p. IX

⁶⁸ Para contrarstar el análisis de Ferrer con una visión de conjunto sobre los antecedentes de las Comunidades, resultan particularmente útiles las obras de J. Pérez, *La revolución*, op. cit. pp. 73-111; Halizcer, S. *Los comuneros*, op. cit. 91ss

⁶⁹ *Decadencia de España*, op. cit. p. 17

⁷⁰ *Ibid.* pp. 16ss

Desde su llegada a la Península, señala Lafuente, el futuro emperador aparece rodeado de un estrecho círculo de flamencos “cuya codicia y rapacidad les era conocida (por los españoles) desde el tiempo de su padre Felipe el Hermoso”, mientras él “parecía un joven de cortos alcances” que apenas sabía algunas pocas palabras de español⁷¹. Chivres dominaba al rey como ayo y como ministro, Sauvage había sido nombrado canciller de Castilla, Adriano había obtenido el capelo cardenalicio y el joven Guillermo de Croy, sobrino de Chivres, acababa de ser designado el sustituto de Cisneros en la mitra toledana, algo que terminó por indignar completamente a los españoles. Este es el principal argumento que desarrollan Ferrer del Río y Lafuente para explicar la creciente hostilidad del conjunto de los reinos hispanos ante un rey recién llegado que, desde el principio, actúa como un extranjero rodeado de extranjeros sin dejar que se acerquen los españoles a su rey.

Los problemas se agudizarán en torno al problema de la jura de Carlos en las Cortes de Valladolid de 1518 y, sobre todo, por la resistencia de los consejeros flamencos a que él tenga que jurar los fueros de Castilla. Lafuente es consciente del problema constitucional que se plantea “lo que principalmente había que deliberar era si se había de reconocer y alzar a Carlos por rey viviendo su madre Doña Juana, reina legítima y propietaria, que era caso nuevo y desusado en Castilla, y si se le había de prestar juramento antes que él jurase guardar los capítulos de las anteriores Cortes”⁷². Un problema que se resuelve entre grandes tensiones, convirtiendo en rey a Carlos junto a su madre⁷³. Un problema este del juramento del rey en su acceso al trono ante las Cortes, que adquirió gran trascendencia para los liberales desde la publicación del Estatuto Real⁷⁴.

Las Cortes y sus procuradores son presentados como los líderes nacionales que se enfrentan a los flamencos y defienden las leyes y los intereses del reino a pesar de las amenazas que se vierten contra ellos. Ferrer del Río cuando habla de estas Cortes tiene en mente un parlamento liberal, más que la realidad de las Cortes del siglo XVI. Zumel, el procurador de Burgos, es presentado como el gran líder parlamentario que se enfrenta contra la presencia de los extranjeros en las Cortes. Ferrer del Río ya le había señalado como “jefe natural de sus compañeros por igualar a muchos en ciencia, superar a todos en arrojo y no excederle ninguno en patriotismo, daba a sus insinuaciones el carácter de mandatos”⁷⁵. Efectivamente, este autor convierte a Zumel en el auténtico héroe que fuerza a Carlos, contra su voluntad, a jurar el conceder los cargos públicos sólo a castellanos. Un heroísmo el de Zumel que J. Pérez ha contribuido a matizar al situar sus vínculos de dependencia con el condestable de Castilla y la política de la nobleza⁷⁶. Además, las Cortes obligaron al rey a asumir gran parte de las ochenta y ocho importantes peticiones que le habían formulado. Estas iban desde que se tratase adecuadamente a la reina Juana, que Carlos se casase cuanto antes o que su hermano Fernando no saliese de los reinos hasta que el rey hablase castellano, no se introdujesen nuevos impuestos, no se enajenase el patrimonio real, que se ocupase de la gobernación

⁷¹ *Historia General*, op. cit., vol. XI, pp. 90-91

⁷² *Ibid.* p. 82

⁷³ También V. Du-Hamel, da notable importancia a este acontecimiento, vid. *Historia Constitucional de la Monarquía Española desde la invasión de los barbaros hasta la muerte de Fernando VII*, vol. I, Madrid, Mellado Editor, 1848, p. 288

⁷⁴ Díez del Corral, L. *El liberalismo Doctrinario*, Madrid, Centro de Estudios Constitucionales, 1984, p. 514

⁷⁵ *Decadencia de España*, op. cit. p. 25

⁷⁶ *La revolución*, op. cit. pp. 118-119

del reino y diese audiencia dos veces por semana para tratar las cuestiones del reino etc⁷⁷. Para Lafuente, Castilla se encontraba plena de energía y concentraba su vitalidad en donde debía estar: en sus Cortes, en el órgano que representaba el reino en su conjunto y en el que el reino se reconocía. El reino y sus representantes en Cortes hicieron lo que correspondía, si las cosas no discurrieron con normalidad, la responsabilidad no fue suya. Esto es lo que Ferrer y Lafuente pretenden dejar claro al lector.

La jura del rey de los fueros de Aragón y Cataluña, revela, según Ferrer, a unos reinos que mantienen una desconfianza similar a la de los castellanos, que imponen condiciones y que tan sólo conceden el servicio pedido por la Corona tras unas largas y duras negociaciones concesiones por parte del rey. No sólo Castilla, el conjunto de los reinos españoles se encuentran llenos de vitalidad y políticamente vivos. No obstante no habla de estado de agitación en estos reinos, como comienza a haberlo en Castilla. Significativamente, Ferrer no va a prestar gran atención a la marcha de Fernando al Imperio, algo que, sin embargo, constituye para otros autores una gran pérdida nacional por tratarse del descendiente dinástico ligado Castilla⁷⁸. Otros autores extranjeros también dieron gran importancia a este incumplimiento del rey, viendo en ello el miedo que ya existía entre los consejeros flamencos a que se formase una alternativa nacional opuesta al rey⁷⁹. Es evidente, que dado el papel sintetizador de lo español que dan a la Monarquía, los historiadores hispanos del ochocientos no serán proclives a reflejar los conflictos dinásticos y más durante el reinado de Isabel II inmerso, como estaba, en el conflicto dinástico carlista.

La muerte del emperador Maximiliano y la opción de este por Carlos, situó la relación del rey con los reinos hispanos en un marco bien distinto. En opinión de Ferrer del Río desde su elección, tal y como ya había señalado Robertson, comenzaron a bullir en la cabeza del emperador electo grandes proyectos que posteriormente habrían de “asustar al mundo”. En la *Historia General de España*, este también es el punto de desencuentro con los españoles que vieron tal elección “como un acontecimiento infausto”⁸⁰ que acarrearía la ausencia del rey durante largos períodos. Primero adoptó el título de Rey de los Romanos y en nota Lafuente señala la importancia que dio a este título. A partir de este momento Carlos introdujo el tratamiento de Majestad, que será el que se mantendrá desde entonces y que rápidamente se copió por el resto de las Monarquías europeas. No obstante, Lafuente insiste mucho más que Robertson en los costes de la elección imperial, dada la concurrencia del rey francés Francisco I, y lo que esto supuso para Castilla, puesto que el rey y sus consejeros se empeñaron en que Castilla debía pagar los costes. Coinciden con los autores extranjeros en la importancia de la elección, pero la realzan desde la perspectiva de los costes para la “nación”. En este proceso y las decisiones consiguientes, Lafuente ve claros síntomas de las tendencias despóticas de Carlos que marcarán su relación con los españoles. Ferrer del Río ya lo había dicho muy gráficamente: “redujo a España de la categoría de nación a la de provincia, y de la alteza de señora a la triste condición de tributaria”⁸¹.

⁷⁷ *Historia General*, op. cit., vol X, pp. 86-89. En esta parte se percibe la huella de Ferrer del Río, A. *Decadencia de España*, op. cit. pp. 23ss

⁷⁸ *Ibid.* p. 29

⁷⁹ Du-Hamel, V. *Historia constitucional*, op. cit. p.296

⁸⁰ Lafuente, M. *Historia General*, vol. XI, op. cit., p. 101

⁸¹ *Decadencia de España*, op. cit. p. 31

Robertson había descrito las maniobras y corruptelas entre los príncipes electores de la que salió la elección de Carlos V. Ni Ferrer del Río ni Lafuente les preocupa esta línea, sino la de la “provincia”. Siguiendo muy de cerca el libro de Ferrer del Río, Lafuente dedica gran interés a los prolegómenos de las Comunidades a través de la convocatoria y desarrollo de las Cortes de Santiago, posteriormente trasladadas a la Coruña. “La ausencia del soberano, la reunión de las Cortes en un punto excéntrico y desusado, y el nuevo pedido cuando aun no había acabado de cobrarse el servicio otorgado en las Cortes de Valladolid, cada una de estas tres cosas era bastante y todas juntas sobaban para irritar a los castellanos, ya harto desazonados”⁸². Mientras, no cesaban de crecer los rumores sobre el dinero que estaban sacando los flamencos del reino. Ferrer del Río, dando por buena la información de Pedro Mártir de Angleria, afirma que en diez meses los flamencos enviaron a su tierra “un millón y cien mil ducados”⁸³. Para la historiografía de la primera mitad del siglo XIX era una opinión común la crítica a la convocatoria de estas Cortes, acusando a los flamencos de no respetar las leyes y las costumbres de Castilla y de manipular y corromper a los procuradores⁸⁴. Es decir, no son Cortes verdaderas y sus resultados estarán en consonancia con esta realidad, un análisis que la historiografía posterior ha matizado considerablemente⁸⁵.

En estas circunstancias, las ciudades castellanas comenzaron a poner de manifiesto su vitalidad. Ferrer del Río da cuenta de estos sucesos con cierto detalle que Lafuente recogerá de forma más sintética. La primera fue Toledo a través de los regidores Juan Padilla, Pedro Laso de la Vega y Martín Davalos, personajes centrales en el desarrollo de las Comunidades, que forzaron una discusión en el ayuntamiento sobre las consecuencias de la ausencia del rey y el creciente desgobierno del reino. La sesión no concluyó con decisiones concretas, pero hubo noticia en la ciudad de lo tratado y “dividiéronse los vecinos en dos bandos, insolente y numeroso el de la oposición a la corte, escaso y recatándose de propalar lo que sentía”⁸⁶ el del rey. La agitación en la ciudad forzó a otra convocatoria del concejo en el que tras agrios enfrentamientos, Toledo se dirigió al resto de las ciudades en una carta en la que exponía los agravios que había recibido el reino desde la llegada del nuevo rey, junto a los inconvenientes de su ausencia. Es este un momento en el que las ciudades toman decisiones a través de sus concejos y el conjunto de sus instituciones.

Cuando Carlos llegó a Valladolid camino de Santiago se encontró a un concejo unánime en pedirle que no abandonase la Península. Los flamencos compraron el silencio de algunos regidores, mientras en el pueblo, dice Ferrer del Río, “al propalarse tal noticia, el desasosiego se convirtió en alarma, la murmuración en gritos, la sorda agitación amagaba romper en frenético tumulto”⁸⁷. Frases que recuerdan el lenguaje con que se describen este tipo de situaciones en el Antiguo Régimen y que Lafuente recoge casi literalmente. El tumulto, azuzado por la llegada de los comisionados de Toledo y Salamanca, degeneró en motín y el rey tuvo que abandonar Valladolid furtivamente. La dialéctica entre unos “políticos” corrompibles que actúan mal y un pueblo que estalla violentamente en defensa de la nación, desbor-

⁸² *Historia General*, vol XI, p. 103

⁸³ *Decadencia de España*, op. cit. p. 33

⁸⁴ Alcalá Galiano, A., *Historia de España desde los tiempos primitivos hasta la mayoría de la Reina Doña Isabel II*, redactada y anotada con arreglo a la que escribió el Dr. Dunham, vol IV, Madrid, Librería Universal Leocadio López, 1844, pp.199ss; Du-Hamel, V. *Historia constitucional*, op. cit. pp. 288ss

⁸⁵ Pérez, J. *La revolución*, op. cit. 121ss

⁸⁶ *Decadencia de España*, op. cit. p. 35

⁸⁷ *Ibid.* p. 37; *Historia General*, op. cit. vol XI p. 105

dando con su acción las instituciones, constituye una imagen frecuente en la obra de Ferrer o Lafuente, derivándose de ella normalmente grandes convulsiones y revoluciones. Es en estos momentos en los que las instituciones no son respetadas por el pueblo, cuando aparecen los líderes y su genio particular para dirigir un movimiento que en su origen puede tener alguna justificación. Sólo cuando los dirigentes actúan políticamente encauzando la violencia popular, se lograrán resultados y se evitarán revoluciones, no siendo tan importante en este caso si se corrompen o no, siempre y cuando pacifiquen o eviten que el estallido social vaya a mayores.

En las ciudades más importantes de Castilla, aquellas que tienen voto en Cortes, la situación se va crispando, mientras en Toledo se van dando pasos camino del levantamiento. Dávalos y Padilla aparecen como los líderes de un movimiento de protesta que Ferrer del Río describe con precisión, dando cuenta del escaso control que ejercen sobre sus consecuencias. En la ciudad, el pueblo se negó a obedecer la cédula por la que exigía que se presentase Padilla en Santiago y como consecuencia del “alboroto”, el corregidor y los opuestos al movimiento tuvieron que abandonar la ciudad que quedó enteramente en manos de la “Santa Comunidad”. En realidad, en la descripción de Ferrer, hubo un intento de pactar por parte de Padilla y Dávalos para rendir el Alcázar, pero “duró poco por haberlo quebrantado el pueblo que no quiso tolerar ningún tipo de vasallaje”⁸⁸. Sobre este trasfondo turbulento en el que pueblo tiene cada vez más peso, comienzan las Cortes en Santiago.

Lafuente, siguiendo a Ferrer del Río, que se había basado en las crónicas de Sandoval, Pedro Mejía, Ayora y otros autores, dedica notable atención a seguir el comportamiento de los procuradores de las distintas ciudades. Salamanca y Toledo aparecen a la vanguardia del movimiento y por distintos motivos sus representantes no son admitidos a las sesiones. El propio reino de Galicia se siente ofendido porque no le concediesen procurador. Cuenca y Segovia son las que más rápidamente flaquean, mientras León y Córdoba exigen que no se concediese el servicio en tanto el rey no se pronunciase sobre las peticiones de las ciudades. De hecho, según Lafuente, la situación crispada en Santiago, forzó al traslado de las Cortes a la Coruña. Al final con la escasa mayoría de un voto, las Cortes accedieron al servicio pedido⁸⁹. Hubo amenazas y también concesión de importantes mercedes a los procuradores que se avenían a las peticiones de la Corona. Incluso, los procuradores presentaron un memorial de peticiones que no fueron atendidas por el monarca. Inmediatamente después, el rey inició el viaje hacia el Imperio, decidiendo nombrar al Cardenal Adriano como gobernador y regente del reino. El nombramiento de un extranjero para este cargo “bastó para que muchos magnates de los que aspiraban a tener parte en el gobierno, dejaran resentidos la corte y se viniesen desazonados a sus tierras”⁹⁰. El desprecio a los deseos del reino no podía ser mayor y en todos los sectores sociales cundía la protesta.

Carlos abandonó España al borde del estallido y el regente pudo ser consciente de la situación en el mismo viaje de regreso a Valladolid. Por el reino, dice Lafuente, comenzaron a expandirse todo tipo de rumores desmesurados “especies que el crédulo vulgo acogía fácil-

⁸⁸ *Decadencia de España*, op. cit. pp. 49-52

⁸⁹ La visión que da Ferrer resulta menos matizada, pero no tan distinta de la que posteriormente han aportado J. Pérez, *La Revolución*, op. 148ss; Gutiérrez Nieto, J.I. *Las Comunidades como movimiento*, op. cit. pp. 293; Halizcer, S. *Los comuneros*, op. cit. p. 205

⁹⁰ *Decadencia de España*, op. cit. p. 112; Du-Hamel coincide con esta imagen de desazón con la que salen los nobles de las Cortes, *Historia constitucional*, op. cit. p. 298

mente, pareciéndole todo verosímil en vista del comportamiento de los flamencos, y los sacerdotes con sus predicaciones acaloraban y enardecían en vez de templar y sosegar los ánimos⁹¹. Esta alianza entre el pueblo y unos eclesiásticos atávicos y milenaristas, será bastante repetida por Ferrer y Lafuente en su visión de las Comunidades⁹². Mientras el clero y pueblo forman una alianza natural crédula y tendente al fanatismo más radical alimentándose mutuamente, las instituciones eclesiásticas tendrán un papel bastante más ecuánime en la visión de ambos autores. De una forma rápida las ciudades más importantes del reino se ven inmersas en una agitación y en un movimiento espontáneo que dislocó la autoridad real en los centros urbanos. Desde el principio para los autores españoles, el clero y el vulgo toman un protagonismo que no había sido tan resaltado por Robertson y por otros autores extranjeros. No obstante, todos coinciden en situar el rechazo a los extranjeros en el centro de la protesta.

6. *El estallido de la “revolución” en las Comunidades.*

Las noticias procedentes de las Cortes celebradas en la Coruña y Santiago, junto con la actuación de las autoridades que había dejado el rey, crearon una situación en la que los tumultos recorrieron el grueso de las ciudades castellanas. La desobediencia al rey y a los corregidores, se convirtió en algo frecuente. Lafuente describe la situación de propagación del “fuego” en las ciudades como “asonadas”, se refiere a los “revoltosos” y describe con cierto detalle los “tumultos” de Segovia, Zamora y Burgos⁹³. Según Ferrer del Río “los próceres instigaban al desasosiego y promovían turbaciones”. En cambio, en su descripción de como se produjeron las cosas en cada una de las más importantes ciudades, como ya había ocurrido antes en Toledo, “la plebe” es la que aparece siempre en el centro, apreciándose poco la presencia de nobles, concejos urbanos o cabildos eclesiásticos, salvo casos particulares.

En Segovia la “turba” inició el “tumulto” en una reunión del “común”, ahorcando a un corchete que había pedido templanza al referirse a los oficiales del rey. Desde este momento la violencia de la “plebe” se hizo con el control de la ciudad, matando a Rodrigo de Tordesillas, procurador de la ciudad en las recientes Cortes de Santiago que había votado las peticiones del rey en contra de la voluntad de la ciudad. En Madrid el movimiento está encabezado por Juan Negrete “hombre de vulgar condición, no en presencia de ánimo y en travesura”, que se lanza al asalto del Alcázar hasta hacerse con él, desbaratando la autoridad real. En Guadalajara, en cambio, el conde de Saldaña al frente del tumulto, actuando con prudencia, impidió que hubiera excesos, quedando el movimiento reducido a una petición inteligente y razonada al rey. En Ávila se llegó a un acuerdo forzando los nobles a la moderación de los populares⁹⁴. Desde estas páginas, Ferrer del Río deja claro al lector que la plebe descontrolada carece de piedad, de corazón y menos de inteligencia, siendo la radicalización y la crueldad las expresiones más claras de su esencia colectiva cuando da rienda suelta a su enfado. Para él, la mejor solución fue la de Guadalajara o la de Ávila, la de aquellas ciuda-

⁹¹ Lafuente, M. *Historia General*, XI, op. cit. p. 114

⁹² Gutiérrez Nieto, J.I. *Las Comunidades como movimiento*, op., cit. pp. 345ss estudia la participación del clero en las Comunidades con resultados distintos a los de Ferrer.

⁹³ Se puede encontrar una visión de conjunto sobre lo que ocurre en este momento en las distintas ciudades y territorios del reino de Castilla, en Pérez, J. *La revolución*, op. cit. 380-450. También es útil para los casos de Guadalajara y Segovia el libro de Sánchez León, P. *Absolutismo y comunidad. Los orígenes sociales de la guerra de los comuneros de Castilla*, Madrid, Siglo XXI, 1998

⁹⁴ *Decadencia de España*, op. cit, pp. 49-69

des en las que las elites locales llegaron a acuerdos razonables con la nobleza y se evitó el estallido popular

Ferrer se detiene en los sucesos de Zamora en donde la acción del obispo Acuña, tendrá una importancia decisiva. Este autor dedicará una notable importancia en su obra a la actuación de este conocido obispo, resaltando su liderazgo y cualidades personales. De ilustre familia leonesa, era “ágil de miembros y de elevada estatura pasmaba por lo diligente e imponía por lo bien plantado. Frugal en el comer, parco en el dormir, sufrido en el padecer, amante de la agitación y esquivo al reposo, siempre mostraba erguida la cana frente, y era audaz, vehemente y precipitado en el consejo como en el arrojo: no se le conocía descompostura que ajara la limpieza de su honestidad”⁹⁵. Una personalidad más dispuesta al combate o la acción que a la oración, en estas fechas ya había sido empleado por Fernando el Católico, teniendo una notable experiencia política y militar. En un primer momento sintetizará el apoyo de una importante parte del clero a las Comunidades. En el caso de Zamora, gracias a su acción se produjo un tumulto que entregó la ciudad a los partidarios del movimiento. La esencia inquieta del personaje, no es del agrado de Lafuente. Con un análisis más complejo, Ferrer señaló que el gran objetivo de Acuña era que España fuese como Génova y Venecia “que se gobernaban sin reyes”⁹⁶.

El caso de Burgos merecerá una singular importancia a Ferrer por la importancia que tendrá la ciudad en los avatares del movimiento y por expresarse en ella con nitidez las contradicciones que ve en las Comunidades. La ciudad no se sumó rápidamente al movimiento, lo cual provocó los comentarios “en toda Castilla de la letárgica tibieza de los burgaleses; murmuración que indispuso a los más ínfimos primero y después a toda la clase llana contra los que se mantenían en la subordinación que miraban como deshonra”. Un sombrero y un espadero se enfrentaron al corregidor y este los apresó. A partir de aquí la fuerza desatada de la plebe “ebria ya de cólera, no cesó de gritar”, forzando la renuncia del corregidor y comenzando a atacar las propiedades de recaudadores y procuradores que habían traicionado a la ciudad. No obstante, “antes de demoler las casas de los que señalaba la plebe como sus capitales enemigos, despojábanlos prontamente los tumultuados de cuanto contenían de muebles y alhajas”⁹⁷. Fuerza apasionada de la plebe, pero no ladrona. La plebe dio la vara a D. Osorio, hermano de obispo Acuña, que la aceptará con la intención de evitar los desmanes de la plebe hasta poder vencerla arrastrando al campo de los “proceres” a los líderes de la rebelión. Con ello se demuestra, según Ferrer, que “los que promueven e impulsan las revoluciones son también los primeros en temerlas y abandonarlas, cuando ven avanzar, crecer y dilatarse en su desordenada, incierta y espantosa carrera”⁹⁸.

El caso de las ciudades andaluzas y extremeñas, merece un interesante comentario a Ferrer, que no un análisis. Para él en estas ciudades también se dio una importante agitación, pero en este caso los protagonistas fueron los nobles y sus motivos giraron en torno a las banderías en su lucha por el poder. “Ningún apoyo directo sacaron las ciudades castellanas de la convulsión de las poblaciones extremeñas y andaluzas; tampoco salió de ella robuste-

⁹⁵ Ibid. p. 58

⁹⁶ Ibid. p. 138

⁹⁷ Ibid. pp. 64-65

⁹⁸ Ibid. 69

cido el poder del trono, porque en los disturbios de los magnates no se trataba de obedecer, sino de quien había de mandar, y así la autoridad real perdía y el pueblo no ganaba”⁹⁹.

La visión de conjunto que realiza Ferrer sobre el inicio del conflicto en las distintas ciudades castellanas, resulta bastante completo y en él destaca la atención que presta a los comportamientos sociales de los distintos grupos, más que a la actuación de los concejos, cabildos catedralicios etc. En general, presta escaso interés a la dimensión institucional, cualquiera que sea el ámbito al que se refiera, lo cual tiende a realzar lo particular de cada caso, la actuación de los héroes, más que las visiones de globales. No obstante, de la suma de lo particular sí se puedan extraer conclusiones generales, porque en cada acercamiento singular trata de forma bastante sistemática los problemas que le preocupan. La dinámica radical del movimiento popular del que nacen las Comunidades va a llevar a que algunos de los más significados defensores de la causa “popular”, como Zumel, abandonen. Basta con ver los oficios de gran parte de los líderes populares para comprender a que se refiere Lafuente. Son tundidores, curtidores, espaderos, sombreros, etc, gente de la plebe. Junto a ello, Ferrer del Río y posteriormente Lafuente, el clero jugó un papel muy ajeno a la caridad cristiana y lejos de intentar pacificar los conflictos, predicaba la revuelta, mezclando los “nombrados de los que calificaba el vulgo de hechiceros y de los que adoraban todos en los altares” para afirmar que cuanto sucedía estaba vaticinado. “Tras estas pláticas, dice Ferrer, la muchedumbre desalojaba los templos y poblaba las plazas, y vociferaba iracunda y hería de muerte a sus contrarios”¹⁰⁰. Para Lafuente este tipo de “desmanes y crímenes” son inevitables en todo tipo de sublevaciones y revoluciones populares y esto es lo que las hace temible.

7. *Comunidades y defensa de la tradición. Los principios históricos del liberalismo doctrinario.*

El intento de tomar Segovia por parte de las tropas reales y muy especialmente el incendio de Medina de Campo, genera un desbordante movimiento popular en Castilla contra el regente y los ministros reales, al tiempo que a impulso de Toledo se creó la Junta Santa con representantes de las ciudades. Las ciudades que no se habían sumado al movimiento, se incorporaron a partir del incendio de Medina y la conmoción consiguiente. Este es el elemento considerado por Robertson y todos los historiadores de estos años como el precipitador definitivo de la configuración de la Junta. Hasta entonces en palabras de Ferrer “en las alteraciones de Castilla no se había promulgado una absoluta emancipación del gobierno”¹⁰¹. A partir de aquí las ciudades sublevadas rompen abiertamente con el regente y el Consejo Real.

Para Lafuente, las Hermandades eran las ligas o federaciones que se formaban entre ciudades para defender sus fueros y libertades de la Corona o lo nobles en la Edad Media. Las Comunidades surgieron contra los agravios de la Monarquía y sus ministros flamencos y contra los procuradores que habían traicionado a sus ciudades y las costumbres del reino. Del mismo modo, “se llamó comuneros a todos los que defendían el movimiento popular,

⁹⁹ Ibid. p. 80. Para un análisis sobre lo que ocurre en las ciudades del sur vid. J. Pérez, *La revolución*, op. cit. pp. 389ss; Gutiérrez Nieto, J.I. *Las Comunidades como movimiento*, op. cit. pp. 209ss

¹⁰⁰ *Decadencia de España*, op. cit. p. 79

¹⁰¹ Ibid. p. 69

porque a la voz de comunidad se habían alzado”¹⁰². Lafuente tiene especial empeño en reivindicar las Comunidades desde su conexión con la tradición, frente a los enemigos de la libertad que las han vilipendiado durante tres siglos. Para el autor, las ciudades castellanas tenían plena legitimidad para reclamar sus derechos. “En su memorial de peticiones no demandaban sino la restitución de lo que habían poseído, de lo que les habían reconocido los soberanos de Castilla, de lo que habían gozado con los Reyes Católicos, y de que un monarca joven y extranjero les había bruscamente despojado”¹⁰³.

De los análisis de Ferrer del Río y Lafuente se desprende que los más lucidos de los sublevados defendían una tradición en la que las Cortes, es decir, el “estamento popular”, participaba en el gobierno junto a los reyes y éstos gobernaban teniendo en cuenta el parecer de las Cortes. Unas Cortes, conviene recordarlo en el que todavía podía participar el estamento noble. Todos participaban de unos mismos objetivos: el bienestar general y el engrandecimiento de la nación a través de su acción diplomática y militar. Así había sido a lo largo de la Edad Media de una forma bastante equilibrada, aunque con altibajos. El sistema había llegado a la perfección con los Reyes Católicos que habían reinado, procurando la convocatoria de las Cortes, recurriendo sistemáticamente a su parecer, atendiendo a sus demandas, teniendo en cuenta los intereses de las ciudades y también los de la nobleza. Sin duda, los Reyes Católicos aparecerán como el modelo de esta colaboración entre una Monarquía y unas Cortes a las que también pueden acudir el brazo nobiliario y eclesiástico, rey y reino, cada cual con su legitimidad. Ferrer del Río, al igual que hará Lafuente, está teorizando, a través de la glorificación del reinado de los Reyes Católicos, los principios del liberalismo doctrinal¹⁰⁴. Esto es lo que se había roto con la llegada del joven Carlos.

Esta ruptura del orden tradicional desarrollado por los Reyes Católicos es algo en el que ya insistió Robertson y siguió la historiografía posterior. Du-Hamel lo resume al decir, “las ciudades no tenían entonces idea de alguna de revolución, ni querían hacer más que una defensa pacífica”¹⁰⁵. Incluso, Ferrer hace un repaso bastante pormenorizado de los miembros de la Junta, señalando el gran número de “miembros de familias ilustres” de las ciudades castellanas, bastantes eclesiásticos, algún noble, junto con personas de humilde cuna¹⁰⁶. En la Junta se aunaba la tradición de los grandes linajes, junto con el pueblo, conjuntando las distintas clases que componían el reino en torno a la defensa de la nación y sus tradiciones. Efectivamente, para Ferrer y Lafuente las Comunidades no nacieron como un movimiento contra la Corona ni contra la nobleza, sino un movimiento con peticiones que engarzaban con las tradiciones de Castilla frente a un absolutismo amenazante. Con esta interpretación, era el absolutismo de un extranjero quien pugnaba con romper con la tradición, mientras los comuneros se anticiparon a su época tras la bandera de sus tradiciones.

Es la confluencia de los deseos de todos o casi todos los grupos sociales, lo que convierte a la Junta en el interprete de los deseos de toda Castilla, en un “reducido congreso” de la nación, a la que las ciudades envían espontáneamente tropas y socorros. Es una coyuntura en la que se engrosan las fuerzas de la Junta, mientras el emperador no consigue nuevos

¹⁰² *Historia General*, op. cit. vol XI, p. 126

¹⁰³ *Ibid.* vol XV, pp. 14-15

¹⁰⁴ Díez del Corral, L. *El liberalismo doctrinal*, op. cit. pp. 514ss

¹⁰⁵ *Historia constitucional*, op. cit. p. 289

¹⁰⁶ *Decadencia de España*, op. cit. pp. 83-84. Para análisis pormenorizado de la Junta, vid. Pérez, J. *La revolución*, op. cit. pp. 184ss

apoyos. El ejército de la Comunidad era mucho más numeroso porque la nación estaba detrás, mientras el regente carecía de prestigio, mostrándose incapaz recaudar tributos o reclutar tropas. En opinión de Ferrer del Río son momentos en los que “los magnates, si ya no atizaban la rebelión como en un principio, asustados de las colosales proporciones con que se extendía por el reino, tampoco se declaraban en su contra, manteniéndose en expectativa hasta que D. Carlos tuviese por necesaria su ayuda y se galardonara con restaurar la preponderancia de la clase toda”¹⁰⁷.

En el esfuerzo de centralizar el mando y organizar el movimiento, Laso de la Vega fue nombrado Presidente de la Junta y Juan Padilla jefe de las tropas, ambos de Toledo y personajes centrales de la Comunidad¹⁰⁸. Este es el momento en el que aparece la Junta como un órgano capaz de afrontar sus responsabilidades. Según Lafuente, la Junta tuvo el acierto de tomar Tordesillas y asumir el control de la reina Juana. Era el entronque directo con la Monarquía de los Reyes Católicos a través de su descendiente directo. La reina les recibió cariñosamente y mostró su interés por dar solución a la lamentable situación del reino, mostrando durante un breve espacio de tiempo lucidez y apoyo a las intenciones de la Junta, nombrando a Padilla capitán general de las tropas. Como dice Ferrer permitió “la Providencia que la legítima sucesora de Fernando e doña Isabel aparezca en su lóbrego encierro majestuosa, discreta en palabras, severa en reprensiones y más tiranizada que demente”. No obstante, poco después cayó en la melancolía, y en ello los de la Junta manifestaron poco tacto y capacidad de cuidarla tal y como si había hecho Cisneros, el único que se había preocupado de su salud. La situación descargó en ella muchas responsabilidades y ella “obedeciendo a todos, la reina legítima de España quedó a solas, batallando entre sus antiguos recuerdos y sus recientes impresiones”¹⁰⁹, incapaz de responder a tantas exigencias. Ferrer se lamenta abiertamente de la incompetencia de los miembros de la Junta que no supieron ocultar la crisis de melancolía de la reina. No supieron entender “que en Tordesillas estaban la bandera de la legitimidad y el centro de un poder benigno y justo contra el cual nunca se rebelará el espíritu monárquico de los castellanos”¹¹⁰.

En el análisis de Ferrer, la situación política está tratada con notable complejidad, siguiendo con precisión los cambios que se producen en las ciudades, en los campos de batalla, en los estados de conciencia de los contendientes, los efectos de los éxitos o las derrotas etc. Hay un indiscutible esfuerzo por seguir cada coyuntura y sus consecuencias, dando cuenta de cada incidencia ya sea por traiciones, errores o pasiones personales, intentando no dejar ningún cabo suelto. Todo se explica, aunque algún caso el argumento sea contradictorio, demasiado artificioso o excesivamente personalista. Las figuras comuneras parecen juzgadas por su compromiso con la formidable tarea de lo que debería haber sido una Revolución “nacional”, casi liberal, en el siglo XVI, más que por su quehacer en la Junta. No en balde, Ferrer afirma que “el espíritu del movimiento de las Comunidades consistía en establecer la igualdad entre los ciudadanos”¹¹¹. Por esta razón, los comuneros tendrán que hacer frente al juicio de Ferrer y Lafuente, por cuanto hicieron en función de lo que deberían haber hecho para cumplir su misión histórica. El reinado de los Reyes Católicos, las tradiciones de Castilla y la libertad de sus ciudades, habían creado unas condiciones preliberales.

¹⁰⁷ *Decadencia de España*, op. cit. p. 84

¹⁰⁸ *Historia General* op. cit. vo. XI. p. 136

¹⁰⁹ *Decadencia de España*, op. cit. pp. 89-90

¹¹⁰ *Ibid.* p. 90

¹¹¹ *Ibid.* p. 98

La brusca llegada de Carlos V y sus consejeros flamencos alteró las cosas de tal forma, que dio lugar a una situación en el que fue posible acometer tareas y establecer las relaciones sociales que se estaban intentando concretar en el presente de Ferrer y Lafuente, es decir, en el reinado de Isabel II. Desde la exigencia de haber sentado las bases del liberalismo, Ferrer del Río y Lafuente enjuician lo hecho por los jefes comuneros.

El rey estaba ausente, las tropas reales habían sido batidas y no había ejército real, el regente y los consejeros andaban fugitivos. “Parecía, dice Lafuente, no faltarles más que organizar un gobierno vigoroso y enérgico, entonces fue cuando comenzaron a flaquear, dejando a medio hacer la obra y a medio camino la jornada”¹¹². Ferrer ya se había pronunciado en términos semejantes, considerando que los representantes del rey se habían dado por vencidos, al tiempo que llamaba la atención sobre algunos errores injustificables por parte de la Junta, cuyas consecuencias serían nefastas para el futuro. El no haber tomado el castillo de Simancas, se encuentra entre las decisiones más incomprensibles de los jefes de la Junta y revela la falta de consistencia y de previsión en sus planes¹¹³. Este fallo será decisivo para entender la facilidad con la que posteriormente las tropas realistas se pudieron hacer con Tordesillas y la reina mediante un golpe de mano.

Para Ferrer había un equilibrio de fuerzas “resultando de todo confusión y perplejidad en términos indecisos los nobles e irresolutos los populares, unos a otros se miraban con miedo y daban soltura a las lenguas lo que de reposo a las manos”. En la ciudad de Burgos esta situación era especialmente evidente: ni la nobleza tuvo capacidad para impedir que fuese expulsado de ella el Condestable, ni los populares lograron que entrase en ella el obispo Acuña¹¹⁴. Para Lafuente los comuneros habían mostrado su valentía y su capacidad para levantar un movimiento muy amplio, pero “carecían de cabeza para dirigir, de energía para organizar la revolución, de talento para gobernar”. Es decir, no había políticos de categoría. Previamente, Ferrer del Río había caracterizado en términos tan duros o más la actuación de los comuneros tras la constitución de la Junta “pusilánimes, irresolutos, aquellos hombres que poco antes aventuraron sus vidas y haciendas en defensa de la justicia, espantados ahora de su victoria, se afanaron por capitular de la misma manera que si se encontrarán en un apuro”. Una de las ideas que más repite este autor es la capacidad de los comuneros para la sublevación, pero su gran incapacidad para el gobierno, para llevar sus proyectos hasta el final. En este momento en el que todos los sectores de Castilla, incluyendo los “caballeros que al grito de comunidad se habían volcado a la cabeza del movimiento, quedaron las ciudades y villas a discreción de la plebe, capitaneada por ruin canalla, con incesante peligro de la castidad de las doncellas, el haber del hacendado, de la paz de las familias y de la existencia de los que se retraían del tumulto”¹¹⁵. Desde entonces la situación estará dominada por la parálisis económica y el desorden: las grandes pesadillas para cualquier historiador liberal del siglo XIX. Desde el triunfo del movimiento comunero y la creación de la Junta, Ferrer va a mostrar un singular interés en destacar los conflictos sociales, reduciéndolos a problemas de orden público.

¹¹² *Historia General*, op. cit. vol XI p. 141

¹¹³ *Decadencia de España*, op. cit. p. 93

¹¹⁴ *Ibid.* p. 87

¹¹⁵ *Ibid.* p. 100-101. Por supuesto, Ferrer del Río no habla de los movimientos antiseñoriales surgidos al calor de las Comunidades, cuya importancia resulta central según Gutiérrez Nieto, J. I. *Las Comunidades como movimiento*, op. cit. pp. 127ss. Un análisis de los problemas de “orden público” y el gobierno de la Junta, vid. Halizcer, S. *Los comuneros*, op. cit. pp. 214ss

Para el grueso, por no decir la totalidad de los historiadores de la época, el problema del liderazgo no es un problema de programa político, ni una responsabilidad colectiva, sino un ejercicio estrictamente personal. Ferrer está próximo al universo del Antiguo Régimen y esto le permite entender con cierta precisión el mundo particularista de relaciones feudales, de acción individual de cada noble en función de su círculo de relaciones de dependencia. Pero también Ferrer muestra un gran interés por seguir los impulsos de las masas urbanas y su capacidad para imponer decisiones ajenas a cualquier plan diseñado por la Junta. A veces la obra de Ferrer se hace excesivamente prolija y parece perderse en los detalles de lo que ocurre en cada ciudad y, sin embargo, en estos momentos es cuando adquiere toda su viveza el análisis del comportamiento de las fuerzas en presencia. Un análisis a caballo entre las pinceladas sociológicas y la recreación literaria de los héroes y sus hechos.

Se puede ver a un Juan Bravo convertido “en espejo de lealtad, desinterés y bizarria, capitán de valer”¹¹⁶ que fue un apoyo esencial para Padilla, pero esto no es lo frecuente. Para Lafuente y en no menor medida para Ferrer, Padilla es al que el pueblo reconoce como su gran líder. Le califican de dadivoso, resuelto, sacrificado., pero también de vanidoso. “¡Lastima que no rayara tan alto como su popularidad su aptitud para el mando, que a ser así remataría la santa empresa a que supo comunicar extraordinario impulso;”¹¹⁷. La envidia, las disputas y la diversidad de pareceres es el común denominador del funcionamiento de un ejército en el que la autoridad de Padilla es sistemáticamente puesta en cuestión y en el que sólo el apoyo del obispo Acuña le permite imponer sus decisiones.

Dentro de la búsqueda retrospectiva del que debiese haber sido el líder, Ferrer se inclina en algunos momentos por la persona de Acuña, porque “entre los comuneros ninguno tenía más dotes que el obispo de Zamora para figurar a la cabeza de la conmoción” que una vez llevada a cabo las revueltas, “necesitaba entrar de lleno en el de las reorganizaciones sociales; pero por desgracia en Acuña se notaba un vicio radical que hacía imposible” ocupar este puesto. “Su audacia, su energía, su fecundidad en recursos: le hastiaba el sosiego y se holgaba en las turbulencias, menos ambicioso de medro, que acosado por su irresistible inclinación a correr peligros en azarosa vida del soldado”¹¹⁸. Sus cualidades se convertían en defectos para la tarea de afrontar las sedentarias y burocráticas tareas de gobierno. Primero quiso convertirse en señor de Burgos y luego en arzobispo de Toledo. Aunque su presencia sea constante y su categoría de héroe adquiera tintes románticos, sus defectos serán demasiado importantes para llegar a buen político. Además, inspiraba “el más vivo deseo de casi todos los procuradores y capitanes de la Junta de separarle del ejército que batallaba en el corazón de Castilla, envidiosos de que un sacerdote fuese el único en imponer temor a los magnates, audacia a los soldados, respeto a las poblaciones y proezas que transmitir a la fama”¹¹⁹.

Si en la base de las Comunidades aparecen numerosas fracturas, estas no serán menos intensas y peligrosas en la cabeza, lo cual condujo a que “a los jefes de los comuneros siempre entorpecía, en el momento crítico de dar la última mano a sus planes, el funesto sistema de las vacilaciones, que ponía sombras en su entendimiento, lazos a su actividad y barreras in-

¹¹⁶ *Decadencia de España*, op. cit. p. 178

¹¹⁷ *Ibid.* p. 86

¹¹⁸ *Ibid.* p. 98

¹¹⁹ *Ibid.* pp. 174 y 179

superables a sus victorias”¹²⁰. En cualquier caso Ferrer y Lafuente coinciden: España tan fértil en este período en líderes políticos y héroes, no tuvo en el momento más decisivo a ningún Cisneros, ni ningún Gran Capitán ni tan siquiera un aventurero con la talla de gobernante de un Cortés. Las capacidades personales de los líderes y sus ambiciones son el elemento fundamental, no los distintos programas políticos, la correlación de fuerzas entre las diversas facciones dentro de la Junta, la base social del movimiento y su firmeza etc. Liderazgo y orden, opuesto a vacilaciones y desorden social, resultan los términos de la disyuntiva para Ferrer.

La falta de decisión llevó a que las primeras providencias de la Junta fuesen cobardes y lejos de lo que debiera haber hecho. Para Ferrer el dirigir una suplica al rey en la que se contenían sus propuestas y en la que al final se pedía que diese por buena las alteraciones, no sólo fue una tontería, también rebajó la autoridad de la Junta. Esta esperó “neciamente” el “beneplácito regio de Flandes” en vez de aprovechar el tiempo para crear distintos consejos de justicia, guerra..., enviar oidores a las audiencias, corregidores a las ciudades. “Ellos salvaran los derechos de la clase productora y castigaran los desmanes de la gente advenediza; infundieran confianza a los pacíficos, encadenaran el desenfreno de los insolentes y regularizaran el valor de los determinados”¹²¹. Tampoco hicieron gestiones efectivas para lograr traer de vuelta al infante D Fernando que era quien podía ser un verdadero rey español y neutralizar a un ya emperador Carlos V, implicado en un conflicto constante con Francia y para el que “Alemania era el centro de su poder”. Una opinión plenamente compartida por Lafuente. Ferrer no duda en calificar en este momento de ilusos a los miembros de la Junta, porque aspiraban “a pactar con el soberano, de quien sólo habían recibido los españoles desdenes, ultrajes y repulsas, empieza a declinar su ascendiente, por más que proponga de igual a igual las estipulaciones”¹²². Esta, no obstante, será una opinión que matizará más adelante. Según Ferrer del Río, a la Junta y a sus dirigentes, les faltó autoridad, decisión, capacidad para organizar, para hacer política y atraerse a la nobleza a su bando en contra el emperador. A medida que la obra de Ferrer avanza, lo que antes decía con el “corazón”, cada vez lo va cambiando por los imperativos de la política, de la “cabeza”.

8. *Ciudades y plebe. El papel de la nobleza en la obra de Ferrer.*

Como todo “sacudimiento popular”, dice Lafuente, en el que las “masas” tienen el protagonismo y dura más de algunas semanas, las Comunidades nacieron entre excesos. En un principio era el resultado de la irritación y la indignación contra los procuradores que les habían traicionado o contra los flamencos. Pasados estos primeros momentos, el robo y los desmanes se convirtieron en algo habitual en lo que participaban los dos bandos por igual. En conclusión “era insoportable la situación de Castilla”, no habiendo hacienda ni camino seguro. “Achaque y paradero común de las revoluciones, aun de las de origen más legítimo”¹²³. Una ley de oro de la revolución que le llevará a considerar que, aunque las causas de muchas rebeliones sean justas, al final acaban produciendo consecuencias más injustas que la injusticia contra la que se sublevaron. En efecto, Lafuente se detendrá en relatar los excesos de cada una de las partes, en dejar patente la situación caótica que reinaba y las fracturas que ello creó.

¹²⁰ Ibid. pp. 165-166

¹²¹ Ibid. p. 102

¹²² Ibid. p. 104

¹²³ Lafuente, M. *Historia General*, vol XI, op. cit. p. 206

Explicar las razones de esta división, sus orígenes y sus consecuencias, constituye una de las grandes preocupaciones, sino la principal, en la obra de Ferrer. De la Coruña habían vuelto con semejantes agravios los populares y los próceres, pero a partir de este momento su comportamiento fue muy distinto. Los nobles se quedaron en sus estados, alentando desde la distancia a los sublevados con sangre fría “espectadores indiferentes de tanta desolación y tal quebranto, ni acorrieron al cardenal Adriano para que permaneciese en Valladolid, ni al obispo de Zamora para que entrase en Burgos”. Ferrer les acusa de una “calculada apatía” que acabó por convertirles en el eje de cualquier salida, mientras la Junta era incapaz de actuar como una dirección política o comprender el alcance del comportamiento que mantenían los nobles. “Los señores y caballeros prestaron apoyo a los pueblos levantados, mientras sus clamores tronaron contra la dominación extranjera y la ausencia de soberano; y se desviaron de sus ayuntamientos y consultas, tan luego como algunos propalaron que no se debían pagar las alcabalas por haberse impuesto violentamente. Como cada uno de los próceres las cobraban en sus villas y lugares, hicieron su cuenta del daño que la abolición les traería, y se redujeron a la opinión de los gobernadores”¹²⁴. Efectivamente, la historiografía posterior se ha encargado de reafirmar este análisis enriqueciéndolo con otros elementos de lucha antiseñorial que afectaban de una forma todavía más directa a la nobleza¹²⁵.

En la obra de Lafuente, lo que resultó fatal para el éxito de las Comunidades, fue no “interesar en su causa a la nobleza, pues aunque una parte de ella en el principio les favoreciese y otra permaneciese inactiva, naturalmente había de ladeárseles para acabar por hacérseles contraria, no sólo por haber dejado las ciudades y villas a discreción de la plebe, con sus feroces instintos y sus tendencias a los desmanes y excesos cuando no hay freno que la contenga en los momentos de desbordamiento, sino también por el afán de establecer una inoportuna igualdad, y de despojar a la clase noble de privilegios y títulos, de los cuales, si quiera fuese por abuso respecto a muchos de ellos, estaban en posesión y no era aquella ocasión de despojar, sino de atraer”¹²⁶. Este es un argumento que ya había desarrollado Martínez de la Rosa a principios de siglo en su conocida tragedia *La viuda de Padilla*, citada encomiásticamente por Ferrer¹²⁷. Para Ferrer y Lafuente, el pacto con la nobleza hubiese sido fundamental para frenar los desmanes populares, pacificar el reino y evitar a la Junta el estar sometida a una presión popular incontenible.

9. La iniciativa del emperador y las maniobras de los “gobernadores”.

De este contexto supo aprovecharse el emperador, nombrando a dos grandes para que compartiesen la regencia con el cardenal Adriano. Ferrer ya había señalado que Carlos V “tuvo que echarse en brazos de la nobleza para domar el brío de los populares”.¹²⁸ Una medida que, según Lafuente, “quebrantó moralmente a los populares, y lo que antes era causa nacional se trocó en contienda entre dos grandes partidos, en que estaba de una parte el trono y la nobleza, de otra solamente el pueblo”¹²⁹. Es decir, tras la defección de la nobleza, la

¹²⁴ Ibid. p. 159

¹²⁵ Pérez, J. *La revolución*, op. cit. pp. 253ss; Gutiérrez Nieto, J.I. *Las Comunidades como movimiento*, op. cit. 127ss; Halizcer, S. *Los comuneros*, op. cit. 233ss

¹²⁶ *Historia General* op. cit. vol XI pp. 142-143

¹²⁷ *Historia del levantamiento*, op. cit. p. 125

¹²⁸ *Decadencia de España*, op. cit. p. 105

¹²⁹ *Historia General*, op. cit. vol XL p. 209

causa nacional quedaba exclusivamente en manos del “pueblo”. Con todo, su bando seguía siendo más fuerte, porque las ciudades demostraron más capacidad de recuperación de sus ejércitos y, además, recaaban las alcabalas, aunque les sirviese de poco dadas sus imprevisiones y el creciente caos¹³⁰.

Efectivamente, para Ferrer del Río y Lafuente, ante la creciente impotencia de las Comunidades, el ya emperador Carlos V, cuando captó la gravedad de la situación, hizo lo posible para atraer a la nobleza a su causa, consciente de la situación de inestabilidad social y desgobierno. Su decisión fue nombrar dos gobernadores, el Almirante de Castilla y el Condestable, para que actuasen junto al cardenal Adriano. Una medida inteligente con la que logró atraerse al grueso de la nobleza¹³¹. Los regentes tendrán instrucciones del emperador para negociar e intentar dividir al movimiento con concesiones nimias y un perdón generoso, a cambio el abandono por los comuneros de las fortalezas tomadas y el restablecimiento de la paz¹³². Ferrer es claro a la hora de caracterizar las instrucciones del emperador “su pesadilla es la Junta y, a trueque de desvirtuar su influjo, se sujeta a convocar cortes, donde se renovarían las escenas de un pueblo que pide y de un rey que no otorga”¹³³. Las instrucciones del emperador, la actuación de los regentes y los sucesos que se producen, contribuyen poderosamente a dividir al reino, “como otras veces, y más a las claras que nunca en dos bandos, el popular y el nobiliario, monárquicos ambos, este pretendía ser protector y aquel sostén del trono”.

En el contexto de parálisis y desgobierno general, los dos compañeros del cardenal Adriano en el gobierno del reino, intentaron distintas vías de negociación en función de la perspectiva de cada uno de los regentes. Según Ferrer “el condestable no tenía más norte que el interés exclusivo de su clase; el almirante obraba como si de corazón fuese comunero”, manifestando “generosa afición a las ciudades” y procurando con toda su energía “moderar la violencia de los suyos, para que la indispensable transacción de la contienda entre hijos de un mismo suelo no se dilatara tanto que recayese sobre el exterminio absoluto de los jefes de un bando”¹³⁴. El primero quería la guerra a todo trance, el segundo la paz y el cardenal Adriano, constantemente descrito como un incompetente, no quería nada. Fiel a su perspectiva, el Condestable inicia su campaña intentando reducir a Burgos y ser admitido en la ciudad “en su terquedad perseveraron los más pobres, y en las principales condiciones exigidas para abrir las puertas de la ciudad al condestable vióse clara y distinta la mano de los mercaderes”¹³⁵. La vivaz descripción que realiza Ferrer de la comitiva de los imperiales por Burgos, resulta muy expresiva “por entre una muchedumbre amenazadora, cuyo silencio alteraban solamente las aclamaciones de júbilo de algunos mercaderes y el sordo murmullo que alcanzaban las palabras dichas al oído, imprecaciones pronunciadas entre dientes, voces que inspiraba el coraje y ahogaba el miedo”¹³⁶. Burgos se doblega a regañadientes por la presión de los mercaderes y algunas traiciones señaladas.

¹³⁰ Ibid. pp. 160-163

¹³¹ Ibid. pp. 148ss. *Decadencia de España*, op. cit. p. 106. Para un análisis de la “reconstrucción del poder real” vid. Pérez, J. *La revolución*, op. cit. p. 199ss

¹³² *Decadencia de España*, op. cit. pp. 106-109

¹³³ Ibid. p. 109

¹³⁴ Ibid. p. 121

¹³⁵ Ibid. p. 111

¹³⁶ Ibid. p. 112

El caso de Valladolid, también ampliamente analizado en la obra de Ferrer, es igualmente significativo de la evolución del mundo urbano castellano, pero en otro sentido. El Condestable dirigió cartas a los de Valladolid intentándoles llevar por el mismo camino de Burgos, pero en este caso surgió la disputa entre los partidarios de la Junta y los que buscaban congraciarse con el rey. Una disputa que para Ferrer tiene un claro contenido social: de un lado, “los mercaderes y temerosos de que los populares quisieran celebrar la victoria robándoles sus haciendas”, comenzaron a esconderlas en conventos; de otro, “la confusión y el desorden tomaron distinto sesgo: ya las vociferaciones de los sediciosos no fueron fulminadas contra los prosélitos de los nobles, sino contra los mercaderes que ultrajaban al pueblo suponiéndole ansioso del triunfo para ejercitarse en el robo”¹³⁷. En este marco de discordia, algunos del concejo intentaron negociar a un tiempo con los gobernadores y la Junta, pero a la vuelta, en cuanto expusieron sus negociaciones en los barrios de la ciudad “bramaron de cólera las diferentes cuadrillas por no haber sabido antes los capítulos”¹³⁸. Los de Valladolid resistieron, pero la actitud de los mercaderes, encarnación del sentido común y viabilidad política en la obra de Ferrer, se apartan del movimiento.

Muchos nobles se agrupan en torno al cardenal Adriano en Rioseco, mientras hostigaban a los comuneros en las ciudades sobre las que tenían influencia. La creciente presencia de los nobles en favor del emperador contribuyó a subir “la cólera” de los más comprometidos, mientras “comenzaron a asomar la cabeza” los menos firmes de entre los comuneros y aquellos que no soportaban el desgobierno¹³⁹. Cada vez de una forma más clara, los mercaderes aterrados por el caos y sin ver alternativa política en los comuneros, se entregan al bando del emperador. La división y la disidencia comienzan a minar a la Junta y a las ciudades, debilitando la ya cuarteada causa nacional. Mientras la Junta permanecía pasiva, permitiendo que los ejércitos nobiliarios se fuesen concentrando en torno a Rioseco, el ejército comunero se consumía en la indisciplina y el libertinaje, aumentando los que “sentían pesar de no venir las cosas a buen término por intercesión del almirante”¹⁴⁰.

Los esfuerzos de los comuneros para atraerse a la nobleza, les llevaron a nombrar jefe militar de su ejército a Pedro Girón, primogénito del conde de Ureña, desplazando a Padilla. Esta es una decisión a la que tanto Ferrer como Lafuente dan una gran importancia, porque efectivamente este nombramiento suponía un intento de la Junta para tender puentes con los grandes. No obstante, en opinión de Ferrer, Girón era un personaje frustrado con el rey, que se aproximó a la Junta por resentimiento y ansia de medro, traicionándola cuando constató que los grandes se situaban en torno a Carlos. El intermediario y fautor de semejante traición fue Fray Antonio Guevara¹⁴¹, uno de los personajes más turbios y dafinos en la obra de Ferrer. Este nombramiento, lejos de servir para aunar fuerzas en la perspectiva de la unidad nacional, supuso ahondar en las rivalidades personales y divisiones en el seno de la Junta. Girón nunca fue tan popular como Padilla entre los comuneros, pero este último se retiró

¹³⁷ Ibid. p. 116. Halizcer, S. *Los comuneros*, op. cit. p. 249ss, también da cuenta de este conflicto de Valladolid, el papel de los comerciantes etc. Para un análisis de las razones de la defección de la nobleza urbana y las elites locales de las Comunidades, vid. Gutiérrez Nieto, J.I. *Las Comunidades como movimiento*, op. cit. pp. 333ss

¹³⁸ Decadencia de España, op. cit. pp. 116 y 118

¹³⁹ Ibid. p. 114

¹⁴⁰ Ibid. p. 129

¹⁴¹ Ibid. pp. 139ss. Pérez, J. *La revolución*, op. cit. pp. 257ss, no comparte esta visión sobre el comportamiento de Girón

con los suyos del ejército comunero“, provocando la escisión de la Santa Junta”. Desde una perspectiva más moral que política, Ferrer del Río afirma que “luego que el entusiasmo del primer momento cede su lugar al cálculo, se convierte la noble emulación en rivalidad funesta y a lo último en sañosa envidia”. Nadie en las revueltas populares, añade, se acuerda de que la humildad es la fundamental de las virtudes¹⁴².

Los afanes de protagonismo y la nefasta actuación de Girón en el intento de tomar Rioseco, calificada de traición por Ferrer del Río y Lafuente¹⁴³, cuando Robetson la había valorado como incompetencia¹⁴⁴, harán perder la ventaja inicial a los comuneros. Fruto de la imprevisión de los comuneros, es la toma de Tordesillas y de la reina Juana por parte de las tropas realistas. En contra del parecer del obispo Acuña, Girón permanece inactivo y decide el traslado del ejército a Villalpando, consumando su traición¹⁴⁵. Paralelamente, el ejército comunero comienza a desmembrarse entre actos de indisciplina, saqueos y, aunque se castigue severamente a alguno de los saqueadores, cada vez es más difícil controlar a unas tropas que apenas reciben sus sueldos. Una y otra vez los comuneros toman importantes iniciativas, consiguen victorias y a continuación se quedan paralizados y divididos. La vuelta de Padilla al ejército comunero, insufla nuevos ánimos, pero las cosas están en unos términos peligrosos de descontrol. La Junta designa a Laso de la Vega general del ejército comunero, pero el “pueblo” se niega a aceptar la designación e impone “en horrible tumulto” a Padilla, aunque este desde el balcón pide el apoyo para Laso de la Vega. Esta imposición en la versión de Ferrer, muestra las contradicciones del movimiento comunero y sus opciones políticas “Laso de la Vega era más suficiente y experto, sí menos simpático y popular que Padilla, de donde resultaba estar en contradicción lo acertado y lo conveniente”. Una forma delicada de dejar claro que su gran héroe romántico, aquel al que la plebe impone en medio de un motín, no era el líder adecuado. Padilla queda retratado como un caudillo militar tan adorado por la plebe como políticamente incapaz. A partir de aquí, Ferrer entiende que la Junta pierde toda autoridad y el destino de las Comunidades queda en manos de la plebe y de sus héroes, no de los políticos. Evidentemente, Ferrer entiende como desorden y libertinaje de la plebe lo que posteriormente la historiografía ha entendido como un cambio de política por parte de la Junta tras perder Tordesillas, tendente a fomentar rebeliones en los territorios de señorío “impidiendo así la existencia de zonas totalmente realistas”¹⁴⁶.

El análisis que hace Ferrer de la expedición del obispo Acuña por la ciudad y tierras de Toledo, le servirá para dar cuenta de la deriva del sector popular más radical y más ajeno e incluso opuesto a las negociaciones. El capítulo dedicado a estos episodios, cuya calidad historiográfica resulta bastante escasa, tiene como objetivo dibujar con nitidez la personalidad de un Acuña de veleidades republicanas, junto al movimiento radical que se genera en su entorno. El obispo comunero le merece una opinión negativa muy evidente tras sus intenciones de presentar “objetivamente” al personaje dentro de un tiempo en el que hay abundantes ejemplos de eclesiásticos guerreros. Por donde pasa el obispo es acogido con “salvaje entusiasmo”, dándose a todo tipo de excesos e irreverencias, aunque el obispo no iba a la zaga: “nada aprensivo y sumamente laxo, dice Ferrer, el obispo de Zamora en el

¹⁴² *Decadencia de España* p. 127

¹⁴³ *Ibid.* pp. 127ss; *Historia General*, op. cit. vol XI, pp. 165-169

¹⁴⁴ *Historia del reinado*, op. cit. vol II, p. 154

¹⁴⁵ *Ibid.* op. cit. p. 148

¹⁴⁶ Gutiérrez Nieto, J.I. *Las Comunidades como movimiento*, op. cit. p. 281

cumplimiento de sus deberes sacerdotales, tuvo al parecer escrúpulo en seguir engolfado en marciales placeres”¹⁴⁷ al llegar a la cuaresma.

No puede sorprender el que la combinación de obispo “laxo” y ambicioso, sumado a plebe, diese como resultado el que ésta, haciéndose eco de los deseos del prelado, pretenda “tumultuariamente” nombrarle arzobispo de Toledo, no respetando los deseos expresos del propio Acuña. Una imperdonable falta que hizo que no tardase “en manifestarse el dedo providencial de Dios sellando con castigo ejemplar la negra culpa”, conduciendo a la derrota a las tropas del prelado. El caos, el predominio de los egoísmos particulares y el desgobierno, llevan al ejército de Acuña hasta su casi desmembración, mientras los señores van aislando a Toledo hasta dejarla prácticamente incomunicada. En el relato de Ferrer, los únicos que dan la talla en semejante desbarajuste son los canónigos de Toledo negándose a un nombramiento sacrílego y manteniendo con su decisión, pintada con tonos heroicos, un marco de legalidad. En su análisis, la actuación de las instituciones eclesásticas suele ser equilibrado y ajeno a cuanto hacen las masas y el clero atávico. “Tan vana ostentación y demente ufanía, afirma el autor, desplegadas a la sazón en que la causa popular amagaba perdición y desastre, resucitaban la memoria antigua de las solemnes y concurridas fiestas que la gentilidad consagraba a sus dioses, en las cuales se conocía por el esplendor y la gala de sus vestiduras la víctima triste destinada al sacrificio”¹⁴⁸. En la obra de Ferrer, estos sucesos serán descritos con todo lujo de detalles para proporcionar al lector una imagen viva y sensible de los excesos a los que puede llegar el pueblo “engolfado” en sus deseos y en el vino, aun dando cuenta de la voluntad de Acuña por imponer orden y disciplina en su ejército. Este es uno de los capítulos más tendenciosos en el que el autor no escatima descripciones de la degeneración y bajeza moral en que el radicalismo había sumido a buena parte del bando comunero¹⁴⁹. Tras la descripción de esta campaña será comprensible para el lector lo inevitable de la derrota comunera.

10. La única victoria: la negociación y concordia nacional.

Para Lafuente “las causas más populares, los movimientos más espontáneos y robustos flaquean y se malogran, cuando no se les da una dirección atinada, cuando carecen de jefe hábil, discreto, político, que poniéndose a la altura de los acontecimientos, y como quien dice dominándolos, sepa enderezarlos y conducirlos a término feliz”¹⁵⁰. Esta fue la gran tragedia de un movimiento tan “patriótico”, como fundado y justo. Ninguno de los dos bandos se mostraba con capacidad para lograr la victoria. La parálisis perjudicaba más a los comuneros, según Ferrer, mientras los partidarios del emperador se reforzaban con el creciente apoyo que les llegaba de Andalucía y Extremadura, sin que hubiese contactos de los comuneros con la “alborotada Valencia”¹⁵¹.

¹⁴⁷ *Decadencia de España* p. 224

¹⁴⁸ *Ibid.* p. 234

¹⁴⁹ Pérez, J. *La revolución*, op. cit. 316ss, proporciona una visión bastante más completa y distinta del comportamiento de Acuña en Toledo y su relación con el “pueblo”. Pérez demuestra el gran interés de Acuña por pactar con el duque del Infantado y el Marqués de Villena, su juego entre las dos facciones comuneras de la ciudad de Toledo y su pacto con María Pacheco para despejar su camino a la mitra toledana.

¹⁵⁰ *Historia General*, op. cit. vol XI. p. 208

¹⁵¹ *Decadencia de España* op. cit. p. 189

A medida que avanza la obra, Ferrer va manifestando la "filosofía" profunda del conflicto planteado y en ella es fácilmente perceptible las pautas de lo que estaba siendo la instauración del estado liberal en su propio presente histórico. Es evidente que para él la causa nacional exigía la negociación, más que posturas extremas. A lo largo del libro, va dando cuenta con cierto detalle de los sucesivos intentos negociadores y solamente los condenará cuando su perspectiva sea la traición a la causa comunera. Así habla de los esfuerzos de los oidores de la Chancillería de Valladolid a través de su presidente en un momento en el que la corrección de fuerzas entre los contendientes creaba una situación incierta en la solución del conflicto. "Con ruegos y lagrimas instó el presidente a la concordia: tuvo cuidado de no omitir que, aun presupuesta la victoria de las Comunidades", podría acarrear un triunfo popular que acabase con la Monarquía¹⁵². En este análisis se encuentran los ejes de lo que para él debería haber sido la negociación: era mejor un acuerdo bajo la Monarquía, que cualquier situación que convirtiera al pueblo en árbitro de la situación, máxime teniendo en cuenta el horizonte republicano del obispo Acuña. Desde esta perspectiva cada vez se agranda más la figura política del almirante que constantemente intenta llegar a acuerdos con los sublevados. Poco a poco, un noble, el almirante va convirtiéndose en el único protagonista de los sucesos que rodearon a las Comunidades que estuvo a la altura de las circunstancias. Mientras el resto de los personajes son vistos como héroes románticos (Padilla o Acuña), traidores (Girón, Fray Antonio de Guevara), o como políticos bien intencionados, pero sin energía (Laso de la Vega).

En la carta que la Junta envió al Almirante el 30 de enero de 1521, Ferrer encuentra la esencia de cuanto habían pretendido las ciudades desde el comienzo del movimiento. En ella se dice que los nobles raramente han sido fieles al rey, que su única intención ha sido apropiarse de tierras y rentas reales con lo que al final había quedado reducido el patrimonio, obligando al rey a subir sistemáticamente los impuestos en perjuicio del pueblo. En el actual conflicto, las ciudades quieren que el rey las escuche y haga justicia, mientras los nobles están prestando un servicio simulado a la Corona para obtener más ventajas. Aquí está la clave, según Ferrer, del movimiento comunero. Situada en justos términos "la cuestión no tenía réplica posible, y el mismo Carlos de Gante, hombre de corazón, celoso del poder y muy levantado de entendimiento, la hubiera resuelto en fin a favor de los populares, quedándose en Castilla, y no embarazándole para gobernar con gloria sus extensos estados la superfectación del imperio de Alemania"¹⁵³. Con esta nueva visión, no sólo las reivindicaciones comuneras son razonables, el mismo Carlos, "hombre de corazón", sólo tiene el defecto de querer gobernar el imperio y esto le impide escuchar adecuadamente a sus súbditos castellanos. A medida que se va planteando con toda su crudeza las contradicciones sociales del conflicto comunero y la necesidad de encontrar una salida, Ferrer del Río va cambiando su posición frente al emperador para resaltar cualidades de Carlos que no aparecieron en los capítulos anteriores. A estas alturas ya han desaparecido por completo los párrafos de acendrado romanticismo revolucionario, apareciendo en su lugar el frío pragmatismo político, con la consiguiente renuncia a los objetivos revolucionarios.

Tras un pormenorizado análisis en el que sitúa en el centro al toledano Laso de la Vega, que según Ferrer nunca quiso traicionar al movimiento, este autor entiende que las propuestas concretas de conciliación bastaron para dividir a los comuneros "adoptando como divisa

¹⁵² Ibid. p. 138

¹⁵³ Ibid. p. 189

los unos la quietud del reino en la persuasión de que a buenas alcanzarían más mercedes, y la guerra como medio de la paz los otros, por ser la primera hermosa si se defiende la libertad del rey y del reino, y abominable la segunda cuando para en sujeción, opresión y servidumbre”¹⁵⁴. Entre tanto, los gobernadores tenían que obedecer las nuevas ordenes del emperador por las que excluía de cualquier negociación al obispo Acuña, se mostraba remiso en la concesión de indultos y se negaba a enviar dinero. Tampoco tenían ellos un gran margen de maniobra. “Una fina política aconsejaba que no se mostrasen ceñudos, inflexibles, ni muy exigentes con los que se allanasen a tratar de restablecer el sosiego, ni parcos en recompensar al primer individuo de nota que había desertado”¹⁵⁵.

En este contexto se produjo la victoria de los comuneros en Torrelobatón, una de las más señaladas de cuantas consiguieron los comuneros. Cada batalla, cada escaramuza, suponía un giro en el estado de ánimo del pueblo y de un ejército retratado con minuciosidad por Ferrer, pero Padilla, una vez más, apenas es capaz de aprovechar las circunstancias. Así, tras la toma de Torrelobatón, en un momento de euforia en las ciudades y en el ejército, no se recupera Tordesillas ni se toma Rioseco. “Hubo por desdicha confianza de sobra, gravísimo error en suponer que se había llegado a la cumbre estando en mitad de la pendiente”. En el momento de mayor tensión, hubo descuido y prendió “el néctar de la ponzoña”¹⁵⁶. Las divergencias en torno a esta tregua incrementaron las divisiones entre los comuneros.

En los últimos capítulos, Ferrer hace un notable esfuerzo de precisar la dinámica social de la que era resultado las Comunidades y la que condujo a su desastre. Efectivamente, entre los comuneros, la plebe no quiere la negociación y la mayoría desconfiaban de las posibilidades de llegar a un acuerdo satisfactorio, cuando tenían noticia de la voluntad del emperador de imponer severos castigos a los sublevados, a pesar de las promesas de los gobernadores. Además, en el ejército comunero se produjeron gran número de desertiones nada más firmarse la tregua. Muchos aprovecharon para conseguir el perdón real y otros pusieron a salvo el botín conseguido en los saqueos. No es de extrañar que cuando los “señores” presentaron una propuesta de prórroga de la tregua, la plebe se negase en Valladolid y que entre los de la Junta el debate llegase a las manos¹⁵⁷.

En esta situación de descontrol en ambos bandos, de intensas discrepancias entre los comuneros, Ferrer muestra un singular interés en definir los acuerdos a los que se había llegado en las negociaciones. Este es un punto central de los resultados a los que habían llegado las Comunidades, porque a partir de aquí las cosas se precipitan en su obra hacia el final de forma inevitable. Para él, siguiendo las crónicas de Sandoval y Mejía, los compromisos se habían concretado en: garantía de nombrar gobernadores naturales del reino, el que estos jurasen en las Cortes guardar las leyes del reino; no se sacaría más moneda del reino, las Cortes se reunirían cada cuatro años, se residenciaría al Presidente del Consejo de Castilla y sus consejeros, se utilizaría como base el encabezamiento de 1512 para el pago de las alcabalas, etc. En opinión de Ferrer del Río en estas cláusulas se contenía las posibilidades de llegar a un acuerdo duradero, porque en ellas se descubría que lo hecho por rey y su círculo flamenco “había zaherido e indignado a todas las clases” y que por esta razón “cabría la de-

¹⁵⁴ Ibid. p. 198

¹⁵⁵ Ibid. p. 192

¹⁵⁶ Ibid. p. 183. Este análisis es bastante semejante al de J. Pérez, *La revolución*, op. cit. pp. 311ss

¹⁵⁷ *Decadencia de España*, op. cit. p. 204

nomination de nacional al levantamiento de Castilla". Reconocido esto, se podía recuperar la concordia.

Es cierto que los próceres pretendían "reconquistar" los privilegios feudales perdidos recientemente y por ello primero habían fomentado la revuelta y luego, tras su radicalización, se habían levantado contra los comuneros. Sin embargo, "ventaja positiva resultaba a los hidalgos de la decadencia de los grandes señores, y llevando aquellos comúnmente la voz de las ciudades y villas, cada vez más rotunda e imponente en las Cortes", les interesaba que su convocatoria fuese frecuente. Al pueblo también le interesaban estos acuerdos, porque en ellos se garantizaba el que no se sacase la moneda del reino, el que no gobernasen extranjeros, que se cumpliesen las leyes y que se tuviese por bueno todo lo hecho en los alborotos en favor de los intereses populares. En definitiva, "su aprobación definitiva tocaban a cada una de las clases, para concluir que la del pueblo dominaba a las demás en número y ascendiente, puesto que sus provechos daban el tono al espíritu y letra de las estipulaciones proyectadas"¹⁵⁸.

La pacificación del reino, consiguiendo importantes éxitos, exigía la renuncia a intentar recortar los privilegios de los nobles, tal y como los comuneros habían pretendido. Haciéndose valedor de estos acuerdos e imbuido del sentido de Estado que según Ferrer los inspiraron, éste autor justifica a los sectores comuneros que negociaron y apoyaron este compromiso, entiendo que era imprescindible "hacer probable un ajuste" con los magnates reconociendo sus servicios en la lucha contra los musulmanes. Eran soberbios y mantenían "un aire de dominación y soberanía" y resultaban muy peligrosos y, por tanto, era necesario "venerar el lustre de sus blasones y cortarles el vuelo de soberanos", dejándoles solo los bienes adquiridos legítimamente y eximirles de las cargas. Este resultaba el precio de su incorporación en una solución que facilitase la integración a todas las clases de la nación. En Castilla era posible un acuerdo, a diferencia de lo que en ese mismo momento estaba ocurriendo en las Germanías valencianas. "Tratándose de los señores, únicamente hacían las armas las Comunidades de Castilla contra los que les disputaban el triunfo, viviendo los demás tranquilos en sus moradas; al revés, las Germanías de Valencia atropellaban frenéticas a los belicosos y a los inermes con tal de que perteneciesen a la ilustre clase; las primeras querían la minoración de sus privilegios; las segundas su total exterminio; así en Castilla era posible la concordia, como indispensable en Valencia la batalla"¹⁵⁹.

El acuerdo no fue posible por la desconfianza de los populares de contar con el apoyo de la nobleza, recurriendo, si fuese necesario, a la ayuda armada para forzar al emperador a aceptar lo pactado. Efectivamente, los negociadores de los regentes, situados ante la disyuntiva de "declarar si en este caso se arrimarían al monarca o al pueblo, no les ocurrió otra respuesta que una evasiva y dilatoria hasta consultarlo con el condestable"¹⁶⁰. Y esta duda se sumó el edicto del emperador que en un "desenfrenado alarde de tiranía", dice Ferrer, usando de "su poderío real absoluto" condenó a las penas máximas a las doscientas cuarenta personas más comprometidas en el movimiento comunero. La respuesta de la Junta fue declarar por traidores a los gobernadores y otros nobles, cerrando la puerta a cualquier conciliación, pero el tiempo empleado en las negociaciones resultaba de reparación "muy dificultosa" para los comuneros que necesitaban una solución rápida, mientras "al cardenal y al almiran-

¹⁵⁸ Ibid. p. 207

¹⁵⁹ Ibid. p. 208

¹⁶⁰ Ibid. p. 209

te darle largas”¹⁶¹, fortalecía sus fuerzas. Lafuente coincide plenamente con Ferrer, “ni Laso de la Vega y Ortiz, negociadores de la paz, lograron una reconciliación justa, ni los procuradores de la Junta aceptaron condiciones harto razonables que los próceres les ofrecían y de las que hubieran podido salir harto aventajados”. En estas vacilaciones y “en un estado que no era de paz ni de guerra, el más perjudicial a las revoluciones, para las cuales el no marchar es retroceder y es perder el no ganar, malgastaron un tiempo precioso, sin acertar a salir ni vencedores ni amigos de los magnates”¹⁶².

11. La derrota de Villalar y sus consecuencias.

Las semanas precedentes a la batalla de Villalar son descritos por Ferrer como los últimos actos de una tragedia anunciada en los que ya aparecen perdidos los antiguos ideales entre la envidia y las disensiones de los miembros de la Junta, mientras la anarquía se había apoderado de las ciudades. En abril, días antes de Villalar, se produce un tumulto en Valladolid contra el proceso negociador que da el golpe de gracia a cualquier salida en este sentido. Ferrer, convertido en guardián del espíritu comunero, afirma que mejor hubiese convenido a los vallisoletanos aprestarse para el combate y hostigar a los magnates en Rioseco. Mientras Laso de la Vega, los procuradores de Murcia, Segovia etc, se pasan a las filas del emperador, buscando el perdón “y muchos empezaban a predicar la sumisión al emperador”¹⁶³. Es un cuadro en el que la plebe aparece en primer término tan pronto en asonadas “tumultuarias” que impiden arreglos políticos, como llevando a cabo heroicidades, especialmente las mujeres, o huyendo ante el enemigo. La plebe era quien mantenía a estas alturas las Comunidades, mientras muchos líderes comuneros iban desertando.

Ferrer, más claro en este punto que la síntesis que hará Lafuente, insiste en que las fuerzas de los dos ejércitos estaban bastante igualadas, pero la desorganización de los populares convirtió a Villalar en la tumba de las Comunidades. La victoria de Villalar fue fruto del apoyo de la nobleza al emperador y esta fue la que propiamente ganó hasta el punto que también fue quien determinó los primeros castigos. Mientras el Almirante se inclinaba a la clemencia, según este autor, y pudo conseguir que se soltase a los soldados rasos vencidos, “en su mayor número los individuos de la nobleza castellana tuvieron por afeminación apiadarse con ruegos y por desdoro derramar su perdón sobre los traidores”¹⁶⁴. Tanto Ferrer como Lafuente describen con todo dramatismo el procesamiento y ajusticiamiento de los líderes de la causa nacional. Son mas bien páginas de un drama, que de una obra historiográfica para gravar en la conciencia de los lectores las lecciones finales de lo que fueron las Comunidades.

Ferrer dedica notable atención a deshacer la leyenda sobre la traición de Maldonado Pimentel, pero Lafuente presta poca atención a este punto¹⁶⁵. La identificación del movimiento con sus líderes parece tan total que Ferrer dice “No parecía sino que los comuneros tenían

¹⁶¹ Ibid. p. 211

¹⁶² *Historia General*, op. cit. vol XI, p. 210

¹⁶³ *Decadencia de España*. p. 237. J. Pérez, *La revolución*, op. cit. pp. 282ss, traza una semblanza de este proceso de negociación.

¹⁶⁴ *Decadencia de España*, op. cit. p. 251

¹⁶⁵ Ibid. pp. 251-257; Lafuente, M. *Historia General*, op. cit. vol XI, pp. 214ss. Pérez, J. *La revolución*, op. cit. p. 315, aclara este punto coincidiendo en gran medida con la opinión de Ferrer del Río.

su fuerza en un cabello de sus capitanes y que una vez cortado, su perdición era segura”¹⁶⁶. Al margen de sus jefes, el movimiento se convierte definitivamente en plebe. La conclusión de Lafuente sobre la muerte de caudillos comuneros es también contundente “su suplicio fue también la muerte de las libertades de Castilla”, comparando Villalar con la derrota de los aragoneses en Epila en el siglo XIV a manos de Pedro IV. No obstante, mientras este monarca fue prudente y confirmó las antiguas libertades de su reino, “aquí, un monarca que ni corrió los riesgos de la guerra, ni se halló presente al triunfo de los realistas en Villalar, despojó al pueblo castellano de todas las franquicias que a costa de tanta sangre por espacio de tantos siglos había conquistado”¹⁶⁷.

A partir de este momento, una tras otra van rindiéndose el grueso de las ciudades castellanas. Paralelamente, el conde de Salvatierra también fue derrotado. Excepto Toledo el resto de las ciudades se van entregando, mientras un ejército francés invade Navarra hasta sitiar Logroño. Todos los autores liberales darán gran importancia a la reacción que se producirá en un sentido que expresa con nitidez Lafuente. A pesar de encontrarse todavía calientes los cadáveres Padilla y sus compañeros, “olvidan si han sido comuneros, y acordándose sólo de que son españoles, acuden en defensa de su patria y juntos marchan a Navarra próceres y populares”¹⁶⁸. Ferrer va más allá al afirmar “sostener la libertad con lesión de la independencia del reino, jamás cupo en la mente de un sólo caudillo de los comuneros”¹⁶⁹. La guerra con Francia tuvo la virtud de recomponer la maltrecha unidad nacional, marchando comuneros e imperiales a defender Logroño y Navarra.

La resistencia de Toledo a las tropas imperiales, será uno punto sistemáticamente destacado en la historiografía del siglo XIX, colocando en el centro a María Padilla, uno de los grandes modelos de heroína de este siglo. Martínez de la Rosa ya había ensalzado la figura de la viuda de Padilla hasta convertirla en un verdadero caudillo a la altura de su marido:

*“Una voz, una voz basta a inflamarlos;
una voz bastará para que vuelvan
al antiguo furor. ... El sólo nombre
del inmortal Padilla, la presencia
de su heroica viuda, al precipicio
les llevará frenéticos”*¹⁷⁰.

Ferrer había dado muchos elementos que la van a definir¹⁷¹, pero será Lafuente quien los presente de forma sistematizada. Era hermana del marqués de Villena “señora de honestas costumbres, de entendimiento claro, ejercitada lectura, delicada de salud, pero fuerte de espíritu, dulce y amable en su trato, protectora de los menesterosos, fecunda en recursos, hábil en ganar corazones, tan entusiasta por la causa de las Comunidades como su propio marido, ejercía tal ascendiente sobre los toledanos que todos la amaban, reverenciaban y obedecían, como si un mágico talismán los tuviese encantados”¹⁷². Con una valentía y resolución “extraña en las personas de su sexo”, María Pacheco, viuda de Padilla, adoptó las decisiones

¹⁶⁶ *Decadencia de España*, op. cit. p. 260

¹⁶⁷ *Historia General*, op. cit. vol XI. P. 222

¹⁶⁸ *Ibid.* 225

¹⁶⁹ *Decadencia de España*, op. cit. p. 261

¹⁷⁰ *La viuda de Padilla*, op. cit. pp. 42-43

¹⁷¹ *Decadencia de España* op. cit. vid. capítulo XI.

¹⁷² *Historia General*, op. cit. vol XI. P. 228

fundamentales en Toledo tras la derrota de Villalar. Mujer de profunda religiosidad y gran sensibilidad, tuvo una gran entereza para soportar la muerte de su marido, mientras intentaba conseguir las condiciones más ventajosas para la rendición de Toledo. No obstante, en un momento, cegada por la ira, cometió algún exceso que aprovechó, según Lafuente, “la frenética plebe obró con la ciega crueldad que en tales casos acostumbra, cuando afloja la mano fuerte que en tales desbordamientos pudiera reprimirla y contenerla”¹⁷³. María Pacheco constituye un modelo de mujer que será sistemáticamente ensalzado por Lafuente, como ideal de las mujeres que actúan positivamente en política encabezando los intereses nacionales. Pero a pesar de su heroísmo y de la resistencia de una importante facción de toledanos, al final cayó la ciudad¹⁷⁴.

Con el final de las Comunidades para Ferrer y Lafuente quedaron liquidadas las libertades urbanas y las ciudades sometidas al absolutismo. Una afirmación que historiográficamente ha tenido una gran influencia en el tiempo hasta fechas bien recientes, aunque no parece acertada¹⁷⁵. ¿Pero que pasó con los comuneros?. Tras Villalar, Modesto Lafuente, siguiendo los pasos de Ferrer del Río, no tiene inconveniente en separarse explícitamente de la opinión general de los cronistas e historiadores en torno a su clemencia del Emperador en el castigo a los comuneros¹⁷⁶. Se había ejercido escasa crueldad con los sublevados, pero ello se debía a la voluntad de los “virreyes y los magnates vencedores”. Lo cierto es que “muchos comuneros notables se hallaban presos en varias ciudades y fortalezas del reino, pero aplazado habían su castigo los gobernadores, o por innecesario ya, o por apartar de sí la odiosidad del rigor, o tal vez con la intención noble de que el emperador se acreditara de clemente usando con ellos la prerrogativa del perdonar”¹⁷⁷. Nada más desembarcar en Santander en el verano de 1522, Carlos V se ocupó de adoptar las medidas necesarias para aplicar el mayor rigor contra los que se habían sublevado en contra de la opinión de los grandes del reino que, como el Almirante de Castilla, eran partidarios de la suavidad. La muerte de Pedro Maldonado Pimentel, relatada con detalle por Ferrer, constituyó la primera prueba de la voluntad de Carlos V¹⁷⁸. El “verdadero causante de la revuelta, dice este autor, sobrepujaba con mucho y a sangre fría en rigor a los próceres que sostuvieron la lucha y fulminaron las sentencias contra sus enemigos en el estrépito de las lides”, anulando lo acordado por los gobernadores con las ciudades¹⁷⁹.

¹⁷³ Ibid. p. 231

¹⁷⁴ Pérez, J. La revolución, op. cit. pp. 315ss, da también una gran importancia a la resistencia de Toledo, considerando el final de las Comunidades no está en la derrota de Villalar, sino en la rendición de Toledo.

¹⁷⁵ Halizcer, S. Los comuneros, op. cit. p. 264, minimiza el efecto de la derrota de Villar y la represión posterior, señalando “El proceso gradual por el que los dirigentes comuneros, excluidos o no de perdón de 1522, pasaron a ocupar de nuevo sus puestos en la vida castellana, supuso la conservación de la estructura social prerrevolucionaria. Las poderosas elites urbanas siguieron controlando las ciudades y sus tierras. En realidad, su posición se consolidó con la restauración del control de la oligarquía después de la revolución”. De la conflictividad del gobierno urbano, de su vitalidad y sus relaciones con la justicia y la corona en un sentido bien distinto al señalado por Ferrer, habla también Fortea Pérez, J.I. « Los abusos del poder: el común y el gobierno de las ciudades tras la rebelión de las Comunidades » en Fortea Pérez, J.I./Mantecón Movellán, *Violencia, conflicto y marginación en la Edad Moderna*, (en prensa)

¹⁷⁶ *Decadencia de España*, op. cit. 287, lleva a cabo un repaso de las opiniones de los cronistas de la época alabando la generosidad del emperador en la concesión del perdón.

¹⁷⁷ *Historia General*, op. cit. vol. XI. p. 245

¹⁷⁸ *Historia del levantamiento*, op. cit. p. 289

¹⁷⁹ Ibid. p. 294

El Perdón General con el que Carlos pretendía dar por concluida la sublevación no obedeció, según Lafuente, a una política de indulgencia, como pretendido los panegiristas del Emperador, sino muestra de rigor. De este Perdón quedaban excluidos todas las personas que se habían significado en la sublevación, ya fuesen eclesiásticos, nobles o menestrales. "De modo que el perdón sólo venía a alcanzar a los comuneros insignificantes, a las masas del pueblo, y no era posible tampoco castigar a los habitantes de provincias enteras"¹⁸⁰. Para sostener su aseveración, Lafuente reproduce la lista de los exceptuados, unos trescientos, al tiempo que en una larga nota da cuenta de lo que lo sucedido a los personajes más insignes del bando comunero¹⁸¹, haciendo una síntesis del capítulo que a ello había dedicado Ferrer del Río¹⁸². Solo los que abandonaron el movimiento, como Girón o Laso de la Vega, obtuvieron con el tiempo el perdón. En esta valoración del perdón real, Ferrer y Lafuente rompen claramente con lo que previamente había afirmado Robertson. La historiografía posterior con una posición más ecuánime respecto a la represión tras el aplastamiento de las Comunidades, ha demostrado que, en el balance general, la posición del emperador no fue tan dura como pretendieron Lafuente y Ferrer¹⁸³.

12. Las Cortes de 1538 y la consolidación de la tiranía.

En lo referente a las consecuencias de Villalar, Ferrer es bastante distinto respecto a lo que había apuntado Robertson, aunque insista en algunos elementos como la pérdida de poder de las Cortes, el creciente absolutismo del emperador etc. No obstante, la razón de estas diferencias está más en la específica evolución de la formación del Estado nacional en España y el propio desarrollo del nacionalismo, más que en una información distinta o más contrastada. El balance para el liberalismo del fracaso de las Comunidades ya lo había formulado Martínez de la Rosa en los términos más trágicos a través de la voz de Mendoza, uno de los protagonistas de la *Viuda de Padilla*. Su posición estaba expresada en un lenguaje romántico lleno de unas emociones a las que recurrirán frecuentemente los autores liberales a la hora de describir esta derrota.

*"Si me alcé contra Carlos, seducido
no fue por ambición de nombre eterno,
por sed de mando, o de venganza inútil;
su triunfo vi, desde el fatal momento,
en que rotas las huestes de los libres,
en Villalar cobardemente huyeron.
Allí miré vencida, encadenada
la castellana libertad; y al tiempo
que espiraba Padilla en el cadalso,
la vi lanzar su postrimer aliento.
Murió, de entonces para mí, si inmóvil
Permaneció la celebre Toledo,
al postrarse rendida España toda,
del monarca a los pies; con harto duelo,
contemplé de mi patria el heroísmo,
su inevitable destrucción prevenido"*¹⁸⁴

¹⁸⁰ *Historia General*, op. cit, vol XI p. 249

¹⁸¹ *Ibid.* pp. 249-252 y 255-259

¹⁸² *Decadencia de España*, op. cit. p. 296ss

¹⁸³ Pérez, J. *La revolución*, op. cit. pp. 567-628

¹⁸⁴ *La viuda de Padilla*, op. cit. p. 9

Significativamente, para Ferrer, en Villalar quedaron sepultadas las libertades que habían conseguido a través de la Edad Media, pero a diferencia de Martínez de la Rosa, no el vigor del pueblo castellano, que en su versión equivale a decir de España entera. Para los teóricos del liberalismo doctrinario, en el propio Estatuto Real, se señalaba la importancia de la representación del reino en las Cortes a través de sus brazos, especialmente de los procuradores de las ciudades, del brazo nobiliario y del brazo eclesiástico. Para ellos, la presencia del conjunto de componentes del reino es lo que había hecho grandes y había proporcionado los momentos de mayor esplendor a las Cortes de Castilla durante la Edad Media y los primeros siglos de la modernidad. Desde el momento en que se mutiló una parte de esta representación, las Cortes comenzaron su decadencia¹⁸⁵. Este era un principio cuya formulación hunde sus raíces en formulaciones que se dieron en torno a la convocatoria de lo que luego serían las Cortes de Cádiz¹⁸⁶. En cambio, Martínez Marina, el gran teórico liberal de las Cortes, en su fundamental *Teoría de las Cortes*, a principios del siglo XIX había afirmado con nitidez una teoría binen distinta. Partiendo de un sólido análisis, había establecido que para que las Cortes se constituyesen como tales, no era necesaria la presencia del brazo eclesiástico y nobiliario. El convocar a los brazos eclesiásticos y nobiliario era una facultad del rey que ejercía a su arbitrio, como prueba citando diversas convocatorias de Cortes de los siglos XIV, XV y XV¹⁸⁷. Es más, repitiendo la afirmación de Salazar de Mendoza: en las Cortes de 1538 el emperador había establecido definitivamente que la composición de aquellas quedaba fijada en los procuradores de las dieciocho ciudades, Martínez Marina deja claro que esto no es cierto “porque ya antes no se consideraban como parte esencial de las Cortes ni la nobleza ni el clero, y si bien el Emperador tuvo por conveniente convocar para las de Toledo a estas dos clases, no lo hizo porque lo exigiese el derecho”¹⁸⁸. Prescott avala este análisis a través de su estudio de las Cortes durante el reinado los Reyes Católicos¹⁸⁹. Evidentemente, Ferrer conocía sobradamente estas obras fundamentales, pero optó por una formulación que ya resultaba muy discutible historiográficamente, aunque ajustada a los principios del Estatuto Real.

Fiel a sus principios doctrinarios, Ferrer del Río va a analizar la importancia de las Cortes de Castilla. Para él hasta entonces los reyes habían sido españoles y se habían movido en el marco de los intereses hispanos. Con Carlos V esto cambia y España cada vez se verá más comprometida en campañas ajenas a lo que hasta entonces habían sido sus líneas de actuación. Para ello, no obstante, el emperador todavía tenía que superar algunos obstáculos que afloraron en las Cortes de 1538. Desde la derrota de Villalar, el principio con el que emperador había gobernado se basaba “en dividir para reinar consiste el secreto de la prolongación del predominio de los tiranos”, de forma que, paradójicamente, “las Cortes de Toledo de 1538 vinieron a ser una brillante apoteosis moral de Padilla, Bravo y Maldonado”¹⁹⁰. En efecto, el emperador exigió a los magnates contribuir a los gastos del sosteni-

¹⁸⁵ Díez del Corral, L. *El liberalismo doctrinario*, op. cit. 518-519

¹⁸⁶ Para un análisis del debate en torno a esta formulación y la realidad del funcionamiento de las Cortes en el siglo XVI, vid. Fernández Albaladejo, P. “Entre el antiguo y le nuevo régimen: la representación representada”, en Pérez Ledesma, M. (Coord.), *El senado en la historia*, Madrid 1995, pp. 53-81

¹⁸⁷ Edición de Pérez Prendes, vol I, Madrid, Editora Nacional, 1979, pp. 206ss

¹⁸⁸ Ibid. p. 220. Pérez Prendes, J.M. *Cortes de Castilla*, Barcelona, Ariel, 1974, p. 99, coincide básicamente con este análisis.

¹⁸⁹ *Historia de los Reyes Católicos*, op. cit. vol II pp. 86 y 90-91

¹⁹⁰ *Decadencia de España*, op. cit. p. 328

miento de su política europea. El Condestable, aquel que tanto había contribuido a la derrota de las Comunidades, se negó a ello con un brillante discurso apoyado por el conjunto de la nobleza, aunque no por las ciudades. Ante esta oposición, el emperador se negó a discutir con los nobles y disolvió las Cortes. Desde entonces la nobleza no volvió a ser convocada a las sesiones de las Cortes, quedando marginada de la gobernación. Significativamente, Ferrer no menciona al brazo eclesiástico que también fue convocado en 1538 y cuya posición frente a las peticiones de Carlos V no fue tan reticente.

Primero los comuneros, luego los nobles, siempre utilizando a los unos contra los otros, Carlos V logró imponer sus objetivos y su política a los españoles. “Carlos de Gante, que siempre miró a España como país de conquista y como manantial de oro y de sangre para nutrir y dar ensanche a su ambición desapoderada, manifestóse inexorable con los vencidos, ingrato con los vencedores, déspota con todos”¹⁹¹. El análisis que Ferrer del Río realiza sobre estas Cortes resulta ser uno de los puntos más subjetivos de su interpretación política, como la historiografía posterior se ha encargado de demostrar¹⁹², aunque lo que entonces dijo tuvo una profunda repercusión a lo largo del ochocientos¹⁹³. Prácticamente, desde la interpretación de Ferrer se ha convertido en un lugar común historiográfico el señalar la fecha de 1538 como el momento en el que las Cortes de Castilla pierden todo protagonismo, cuando triunfa definitivamente el absolutismo regio. Un absolutismo que es resultado, nunca conviene olvidarlo, del aplastamiento de la burguesía en las Comunidades y de la nobleza en las Cortes de 1538. Por tanto, las Cortes de 1538 tendrán una gran importancia en la interpretación liberal de la historia nacional. Una interpretación que, independientemente de sus raíces, tras la obra de Martínez Marina, resultaba más ideológica que historiográficamente asentada.

Una de las características que más destaca Ferrer al definir la esencia de los españoles a lo largo de su historia es el odio a la dominación extranjera y su amor por la Monarquía por ser la institución que encarna a la nación. Hasta entonces libertad nacional y Monarquía habían caminado juntas y esto es algo fundamental en Ferrer y en el grueso de los historiadores liberales, porque es la esencia de una Monarquía vinculado a su pueblo y volcada en la defensa de la “libertad” del reino, de su independencia como nación. Hubo monarcas peores y mejores, pero todos tenían este común denominador y pueblo y rey se identificaban mutuamente como partes de una entidad superior que les unía: la nación. Cuando Carlos fue coronado emperador, las Comunidades derrotadas y la nobleza anulada en las Cortes de 1538, este binomio se quebró. “Ya habían fenecido en el reino los poderes capaces de contrarrestar la desaforada tiranía de un monarca absoluto”, que se convertirá en poder “teocrático” por la utilización que los reyes harán de la Inquisición hasta que esta se convierta en la verdadera cabeza de gobierno, abrasando el pensamiento con el fanatismo. Mientras “el pueblo sólo despierta de su letargo y acredita animación al concurrir en tropel confuso a los autos de fe”¹⁹⁴.

¹⁹¹ Ibid., p. 332

¹⁹² Fortea Pérez, J.I. “Las últimas Cortes del reinado de Carlos V (1537-1555)”, en Castellano Castellano, J.L./ Sánchez Montes, F. Carlos V. *Europeísmo y universalidad*, vol II, Madrid, Sociedad Estatal para la Conmemoración de los Centenarios de Carlos V y Felipe II, 2001, pp. 245-255

¹⁹³ López Vela, R. “Carlos V y España”, op. cit. pp. 190-191

¹⁹⁴ *Decadencia de España*, op. cit. p. IX

Por un lado, unos reyes con intereses extranjeros que moverán los hilos de la política y los recursos nacionales en función de intereses ajenos a la nación tras acabar con todo freno a su tiranía. Por otro, un pueblo deliberadamente embrutecido, alienado por la política de los sucesivos monarcas que utiliza la Iglesia y la religión en su versión más fanática, la Inquisición y los autos de fe, para mantenerlos sojuzgados sin necesidad de recurrir constantemente a las armas. Esta es la realidad política que se instaura progresivamente tras las Comunidades y que definitivamente establece Felipe II. Martínez de la Rosa a través de la misma viuda de Padilla ya había formulado esta idea:

*"No lo eran
los que a la Patria misera cargaron
de cadenas, sus crudos enemigos,
llamarse y no sus hijos... Castellanos
y ansiar la esclavitud. No, no lo eran"*¹⁹⁵.

A partir del momento en que se instauró el absolutismo, el emperador utilizó los recursos de España para fines que no tenían nada que ver con sus propios intereses, implicándola en múltiples conflictos que sólo le interesaban como emperador, no como rey de sus dominios peninsulares. Otra hubiera sido la política hispana si el rey hubiese sido verdaderamente nacional y Ferrer, fiel a sus principios interpretativos de la historia, da cuenta de cual debería haber sido esa política. "Tal vez la complicación de estas causas hubiera armado el brazo de los españoles, mas no para llevar, como llevaron, el mayor peso de aquellas turbulencias, sino para pelear en su peso de aquellas turbulencias, sino para pelear en su puesto y impulsos de su política propia. Habiéndose continuado la de los Reyes Católicos ocuparon de Argel a Ceuta el litoral africano; estuvieron atentos a retirar hasta el Océano por el lado de Portugal sus fronteras, y a cerradas por la parte del Pirineo con fortificaciones bien guarnecidas de soldados. Acomodados así en natural asiento enviaran, según fuera el semblante de la cosas, sus padres al concilio, sus diplomáticos a la pacificación o sus capitanes a la guerra; no amarrados al cesáreo carro y suspensos de la voluntad de un hombre a quien traía graves e intermitentes compromisos la fabulosa extensión de sus estados, sino con las preeminencias de nación independiente y cada vez que les fuera algo en las contiendas de Europa"¹⁹⁶.

En la introducción a su libro sobre las Comunidades, el autor da cuenta de su ambicioso plan historiográfico para dar cuenta de la "Decadencia de España". En él contempla, además del trabajo que presenta sobre las Comunidades, otro en torno a "las causas del retiro del emperador en el monasterio de Yuste", de cuya publicación no hay constancia, pero cuyo enunciado es suficientemente significativo. Ferrer del Río no ahorra expresiones para dar cuenta de los "amargos quejidos de los españoles" que se esconden tras los clarines de Pavía y otros sucesos de armas del emperador, pero con todo su valoración final del personaje y su período está muy lejos de la que formulará sobre Felipe II. "No cabe rebajar, dice Ferrer, un quilate de valor a la grandeza de espíritu de Carlos V", porque su "gigante figura" sobrepasa de otras de gran talla con las que tuvo que medirse, como Francisco I, Solimán el Magnífico, León X, Enrique VIII, etc. "Con todos ellos negocia o batalla, y el sello de su insigne superioridad resalta siempre". Carlos V no fue un monarca nacional y sí un tirano del pueblo español "con cuyo esfuerzo y pingüe fortuna fue pasmo de Europa y edificó el monu-

¹⁹⁵ *La viuda de Padilla*, op. cit. p. 22

¹⁹⁶ *Ibid.* pp. VII-VIII

mento de su imperecedero nombre”¹⁹⁷. Por lo menos, Ferrer le reconoce el ser un monarca glorioso.

A medida que los españoles empujados por sus reyes más se entregaron a intereses extranjeros, más se implicaron en las guerras europeas contra los herejes, más dominio fue consiguiendo la Inquisición en España convirtiendo el poder en una verdadera teocracia. Los ejércitos españoles brillaron como nunca en los campos de Europa con Carlos V, pero fue un brillo efímero porque tras ellos quedaba una nación más desolada y desangrada a punto de entrar en largo período de decadencia y oscuridad. Lafuente españolizará a Carlos V al final de su vida, durante su estancia en el Yuste¹⁹⁸, pero esta no es la perspectiva de Ferrer. Para éste es evidente que con Felipe II se iniciaría la decadencia. Un rey al que Ferrer dedica escasas y enjundiosas valoraciones que le sitúan como la expresión misma de la leyenda negra.

Con Felipe II el pueblo pasa a ser una plebe fanática necesitada de constantes espectáculos siniestros, que se regodea en los autos de fe y que siglos después gritará ¡*Viva las cadenas*!. Es un pueblo definitivamente convertido en plebe, en permanente base social del absolutismo de los Austrias y del fanatismo inquisitorial. Para Ferrer, la derrota de las Comunidades también significa la ruptura de la ecuación entre Monarquía, pueblo y defensa de la libertad-independencia nacional, que había sido el eje de lo mejor de los españoles. A partir de este momento, la Monarquía potenciará el fanatismo y lo peor que los españoles también habían exhibido a lo largo de la historia. Desde entonces y hasta la llegada de los Borbones, el eje Monarquía-pueblo es igual a embrutecimiento y oscurantismo religioso, cadenas al pensamiento y al progreso, interminables guerras exteriores que desangran los recursos nacionales... A los mejores españoles sólo les cabe el exilio o sufrir los rigores del fanatismo. Este es el cuadro de la decadencia nacional que Ferrer del Río traza con pocas y precisas pinceladas, sentando las bases de la interpretación de la historia de la nación hasta Carlos III y casi hasta su propia contemporaneidad. Y es que, evidentemente, a Ferrer del Río las Comunidades le interesan para dar cuenta de la decadencia de la nación como explícita desde el mismo título de su obra.

¹⁹⁷ Ibid. p. XXVI

¹⁹⁸ López Vela, R. “Carlos V y España”, op. cit. pp. 247ss